

VIRUS LUNA



El Torreón

V.M.Granda

Virus Luna

V.M.Granda

Capítulo 1

Una semana después del comienzo de la infección.

Mientras conducía por la carretera de montaña, iba escuchando las noticias en la radio. La locutora informaba de que el ataque lanzado por Estados Unidos contra Corea del Norte como represalia por las dos explosiones nucleares que unos días atrás, habían provocado el Tsunami que había sacudido la costa de California había sido calificado como un éxito por el Estado Mayor.

Las primeras informaciones llegadas, aún eran bastante confusas, pero indicaban que el país había sido totalmente arrasado y que la capacidad de respuesta de su ejército había sido totalmente anulada.

Marcos subió el volumen mientras pensaba que aquella noticia era más importante de lo que muchos estarían pensando. Había leído mucho sobre la capacidad militar de Corea y sobre su loco gobernante y estaba seguro de que aquello no había hecho nada más que comenzar. Mientras reducía la velocidad para tomar la salida de la autopista, el sonido de su móvil volvió a restallar en sus oídos interrumpiendo sus pensamientos.

Marcos miró de reojo la pantalla del teléfono y esbozó una mueca de desagrado al reconocer el número de teléfono de su jefe.

— ¿Sí? —, preguntó con desgana

— Marcos, soy Cesar— le respondió una voz autoritaria y desagradable.

— Hola Cesar. Estoy a la altura de Pola de Lena y...—

— ¿Todavía? Joder macho ya te vale. Acaban de llamar de la central y tienes que ir cagando leches al almacén de Bembibre, cargar y dejarlo en Oviedo antes de las ocho de la tarde—

— No me jodas, pero si...—

— ¡Ni te jodo, ni hostias chaval! Son las tres y pico de la tarde, así que búscate la vida como quieras, pero hazlo ya mismo—

— Pero es que no me va a dar tiempo...—

— ¿Y a mí, qué coño me cuentas? Ya te he dicho que hay que hacerlo, así que acaba rápido lo que tienes en la “furgo” y tira para allá—

— Joder Cesar. Te había dicho que hoy tenía que salir a las seis por cojones, que tengo que pasar por el abogado a las siete y joder, es que... es que en Pola voy a echar al menos cuarenta y cinco minutos, y tirar hasta Bembibre será por lo menos hora y media, así que hasta las cinco y media, por lo menos, no llegaré. Luego cuenta con que como mínimo, necesitaré otros quince minutos para cargar y dos horas para dejarlo en Oviedo. Joder, me van a dar las ocho como muy pronto y precisamente hoy, necesitaba salir a las seis—

— Vamos a ver ¿Te he pedido yo que me cuentes tu vida? ¡No! ¡Así que entonces no lo hagas coño!—

— Pero... ¿Qué pasa? ¿No hay nadie más cerca que lo pueda hacer?. Joder que es que siempre me tocan a mí todos los marrones de última hora, coño—

—Bueno, yo ya te he avisado, así que lo haces y si tienes alguna queja, te pasas el lunes por aquí y me lo cuentas chaval—, dijo a modo de despedida mientras colgaba.

Marcos sintió cómo sus manos apretaban con más fuerza el volante.

— ¡Me cago en la madre que te parió! ¡Cabronazo!— gritó mientras se desviaba para entrar en Pola de Lena.

Después de descargar, llamó al abogado para cambiar la cita y viendo que aquel día iba a terminar tarde, decidió tomárselo con calma, así que entró en una cafetería, pidió una cerveza sin alcohol, un pincho de tortilla y mientras disfrutaba de ambos atendió con atención las informaciones que iban dando en el avance informativo del telediario.

Se había confirmado que el Tsunami había sido provocado por dos explosiones nucleares en el fondo del Océano Pacífico.

Marcos no se consideraba ningún pirado de esos que pensaba que el fin del mundo podía llegar en cualquier momento, pero en aquella ocasión estaba seguro de que las cosas se iban a poner muy difíciles.

Se encontraba detenido en la autopista del Huerna en medio de un monumental atasco, cuando a las seis de la tarde su móvil volvió a sonar.

— ¿Dígame?—

—Hola ¿Marcos?—

—Sí, soy yo—

—Hola, te llamo del almacén de Bembibre. Oye que ya no hace falta que vengas que han cambiado la orden para el martes—

—Joder macho. Pues podían haber avisado antes, que llevo media tarde tirado en un atasco en el Huerna—

—Lo siento tío. De verdad que me acaban de avisar ahora mismo. Han cambiado el día de entrega porque, por lo visto, en el laboratorio se habían puesto todos enfermos y no había nadie para recibirlo—

—Joder, que casualidad. Se han puesto todos malos al mismo tiempo y precisamente al comienzo de un puente. Tiene cojones la cosa—

—Ya hombre ya, si ya lo sé chico, pero yo no puedo hacer nada—

—Ya, y yo tampoco, pero ya me han jodido lo que tenía que hacer y encima ahora tengo que comerme éste puñetero atasco. ¿Tú tienes idea de qué coño es lo que lo está causando?—

—Me han dicho algo de un autocar en el que estaban todos chiflados. Bueno, realmente creo que era una excursión de un manicomio o algo así. Por lo visto, el conductor debió de desmayarse, volcó y los locos que llevaba se pusieron a correr por la autopista y los coches atropellaron a unos cuantos y

hubo un montón de accidentes. Dicen que se ha montado muy gorda—

— ¡Joder! ¡Vaya putada!. Pues entonces yo no me quejo, que esa pobre genta ya tendrá bastante—

—Pues sí. Bueno majete, que te sea leve y a ver si tienes suerte y sales rápido de ahí—

—Gracias tío. Buen puente y hasta otra—.

Tres semanas después del comienzo de

la infección.

Dos semanas, ya llevaba dos semanas recluido en el torreón. Había decidido apartarse del mundo hasta que las autoridades sanitarias tuvieran controlada la situación, pero las cosas habían ido a peor. Durante los primeros días, pudo ver gracias a sus prismáticos el lejano tráfico que circulaba por la estrecha y sinuosa carretera de montaña, pero al tercer día, el tráfico cesó casi por completo. Marcos tenía miedo a contagiarse, así que optó por no exponerse inútilmente al virus y durante todo ese tiempo, no había visto o hablado ni con una sola persona y sorprendentemente, durante todo ese tiempo había llevado esta anómala situación bastante mejor de lo que jamás podría haberme llegado a imaginar. Y es que viendo cómo habían transcurrido estas semanas en las grandes ciudades no podía quejarse ya que durante ellas, había dispuesto de suficiente comida, agua, electricidad, un portátil con varios juegos y hasta el momento, había estado a salvo del virus y por supuesto de sus consecuencias, así que en cierta forma consideraba que, aquí, guarecido tras los muros del torreón, conservaba un aceptable estado de bienestar, e incluso podría decirse que mantenía una vida más digna de la que tenía antes de la infección.

Pero llegó un día en el que se dio cuenta de que sus reservas estaban

comenzando a menguar considerablemente. Las latas de conserva estaban a punto de acabarse, apenas le quedaban garrafas de agua, sus reservas de combustible se encontraban bajo mínimos y aunque no le apetecía demasiado, ese día no tuvo más remedio que salir, coger la furgoneta y acercarse hasta el supermercado del cercano pueblo.

Casas Negras era un pueblo pequeño y desde que el tráfico había desaparecido, el trayecto hasta el supermercado no suponía más de cinco o seis minutos en coche.

Cuando llegó, no le sorprendió comprobar que apenas había gente caminando por las calles, y realmente se lo esperaba. Era un pueblo de apenas trescientos habitantes de los que casi la mitad, eran jubilados o prejubilados que tenían su residencia habitual en alguna ciudad y que en cuanto acababa el verano, éstos regresaban a ellas para evitar los inconvenientes de los crudos inviernos en la montaña.

Pero Marcos sabía que tenía que buscarse una distracción, algo en lo que poder pensar para no volverse loco, algo que le diese la esperanza de que aquella situación pudiera acabarse en algún momento.

Había tomado la decisión de apartarse de la gente, pero en aquél momento, después de tanto tiempo en soledad, sentía la imperiosa necesidad de tomarse unas copas y hablar con alguien, así que, entró en el pueblo por la estrecha calle que acababa en la plaza en donde estaba ubicado el supermercado, aparcó, y tras unos instantes de indecisión, entró en el bar de al lado.

En cuanto abrió la puerta se arrepintió de haberlo hecho. De inmediato se dio cuenta de que algo extraño sucedía. Al verle entrar, todos los hombres que estaban en la barra, se giraron hacia él y se fueron apartando a medida que caminaba hasta el extremo de la barra. Le miraban con desconfianza y notaba una especie de energía negativa que llenaba el interior del local. Tras pedir una cerveza, se volvió molesto hacia los clientes y dijo:

—No estoy infectado. Solamente quiero tomarme una cerveza en paz ¿Algún problema con ello? — dijo con un rictus que reflejaba su desagrado por las hurañas miradas que le dedicaban.

Sus palabras fueron respondidas con un murmullo de desagrado, pero al menos, dejaron de observarle el tiempo suficiente para que se tomara la cerveza.

El ambiente era claramente hostil hacia los forasteros. Se notaba que desconfiaban de todo aquel que no fuera de allí, pero no se daban cuenta de

que el virus ya podía estar entre ellos. Nadie sabía cómo coño se transmitía, ni por qué en una misma familia el virus afectaba a unos sí y a otros no, y eso provocaba que nadie se fiara de nadie.

Él había entrado con la única intención de pasar un rato entretenido, conversando amigablemente mientras tomaba unas cervezas, pero evidentemente el ambiente no era propicio para ello. Aquella actitud hostil no le gustaba nada, así que dejó un par de euros sobre la barra y se largó sin despedirse.

Tras caminar los pocos metros que le separaban del supermercado, entró en él y en el mismo instante en que traspasó el umbral, las tres mujeres que estaban dentro se agruparon rápidamente en torno a la cajera y Marcos pudo notar, escrutándole descaradamente las mismas miradas recelosas, casi impertinentes de las mujeres.

Aquella situación comenzaba a agobiarle, así que alzó la cabeza por encima de la estantería y las miró fijamente, con toda la dureza y el desprecio que pudo. Casi al instante, sus miradas se tornaron temerosas y las mujeres corrieron atropelladamente hacia la calle. Sorprendido por aquella inesperada

reacción, Marcos se imaginó que aquello iba a traerle problemas. Cabía la posibilidad de que alguna de ellas pudiera acercarse al bar y meterle en un jaleo, así que se apresuró a comprar todo lo que necesitaba, salió a la calle, lo cargó en la furgoneta, giró la llave de contacto y arrancó mientras que por el retrovisor, veía como una de las mujeres del supermercado salía del bar acompañada por varios hombres al tiempo que él, se alejaba de allí todo lo rápidamente que podía.

El siguiente día amaneció soleado, pero el cercano final de la estación comenzaba a traer consigo las primeras mañanas de frío.

Marcos subió a la azotea, alzó la cabeza y cerró los ojos procurando calentar su fría cara con los rayos del sol. El invierno acechaba ya a la vuelta de la esquina y se dio cuenta de que pronto tendría que utilizar la vieja cocina de leña. Tendría que comenzar a prepararse para pasar allí el invierno. Y cuanto antes comenzara mejor, así que una hora después, cargó en el todoterreno su motosierra, una garrafa de gasolina con aceite y se dirigió al bosque.

Al final del día se encontraba extenuado, pero había logrado reunir una cantidad de leña que consideraba sería suficiente para calentar el torreón

durante varias semanas. A fin de cuentas, la única estancia del torreón era relativamente pequeña y con el fin de mantener la temperatura en los fríos y nevados inviernos, no disponía más que de una única diminuta ventana cuadrada de cuarenta centímetros de lado situada en la pared sur, de forma que la mayor parte de la luz natural entraba a través de una claraboya sobreelevada un metro por encima del suelo de la azotea.

Transcurridas las primeras semanas sin señal de teléfono, ni internet, Marcos sintió que se volvería loco si no hacía algo. Necesitaba entretenerse y hacer algo de utilidad, algo que mejorara aún más su autosuficiencia y su seguridad. Las últimas noticias que había visto en la tele antes de que la señal desapareciera para no volver, le habían convencido que el caos se había adueñado de medio mundo y estaba seguro de que tendría que pasar mucho tiempo solo hasta que un equipo de rescate llegara hasta él. Hacía tiempo que había asimilado la idea de que nadie iría a buscarle. Tenían demasiado de lo que ocuparse en las ciudades como para desplazarse hasta una zona prácticamente deshabitada.

Hasta entonces, cuando salía a pasear jamás pasaba del linde del bosque, pero

en esta ocasión decidió salir a dar una vuelta de exploración por los alrededores. Sabía que la mayor parte de las escasas viviendas que había por la zona pertenecían a veraneantes y que en esa época se encontrarían vacías.

Además de las casas, había tres o cuatro granjas y algunas cabañas esparcidas entre el puerto y los montes cercanos y si encontraba a alguien en ellas, quizás pudieran venderle algunos alimentos y si las encontraba deshabitadas, pues... lo que es gratis siempre sabe mejor.

Desde luego, no le apetecía regresar al pueblo, así que aquella opción le parecía mucho mejor y además... ¿a quién podría importarle que tomara prestadas algunas cosas? Aquella era una situación de emergencia, de supervivencia. Así que tras coger una mochila grande, se dedicó a buscar, forzar y registrar todas las construcciones que encontró hasta que consiguió llenar la mochila de pilas, velas, encendedores, latas de conservas, pasta, legumbres y algunos paquetes de tabaco. Cuando le pareció que de momento ya tenía suficiente, decidió que volvería al torreón y al día siguiente retomaría su búsqueda de recursos.

Caminaba por la carretera cuando se encontró con un cruce del que partía un

sendero de hormigón que ascendía hasta una casa con varias edificaciones. Tras echarla un vistazo con los prismáticos, le pareció que la puerta de la entrada se encontraba abierta y eso quería decir que probablemente hubiera alguien en ella. Esa posibilidad le animó a ascender hasta la casa. Si encontraba allí a sus dueños, seguro que podrían ayudarle de alguna forma y si no había nadie, pues mucho mejor. Al menos no tendría que reventar ninguna ventana para entrar.

Hasta el momento, en todas las casas en las que había entrado, había tenido que forzar alguna puerta o ventana para acceder al interior, pero en cuanto llegó a lo alto de la loma, no pudo evitar notar cómo a medida que se iba acercando a la entrada le invadía una sensación de desasosiego que se convirtió en puro pánico al observar, sobre el suelo del pasillo, un largo reguero de sangre que se adentraba hasta la cocina.

Marcos supo de inmediato que algo muy malo había sucedido allí. El cristal de la ventana estaba roto, al igual que la puerta que comunicaba con el salón y por todas partes había claros indicios de pelea, muebles ladeados, varias estanterías volcadas y todo su contenido esparcido sobre un suelo cubierto de sangre.

Notó un ligero mareo seguido de una violenta arcada y vomitó mientras corría hacia la entrada. En su huida, tropezó con un aparador y una vieja

fotografía en la que aparecían dos ancianos cayó al suelo. A su lado, un sanguinolento trozo de carne yacía como único testigo de la tragedia que debía de haber sucedido en la casa. Se apoyó en la pared exterior y vomitó hasta echar todo el desayuno. Con aprensión, volvió la mirada al interior y se juró que no regresaría jamás a esa casa.

Capítulo 2

Tres semanas después del comienzo de

la infección.

Aquella extraña situación comenzaba a alargarse demasiado, se estaba volviendo demasiado peligrosa y eso comenzaba a atemorizarle.

No podía apartar de su mente la estremecedora visión de lo que había visto en aquella casa. Lo que allí habría sucedido, forzosamente tenía que estar relacionado con el virus y entonces, se dio cuenta de que a partir de ese instante debería de replantearse su situación y tomar medidas para garantizar su seguridad y estas comenzarían por modificar sus hábitos, modificar su conducta y llevar siempre consigo un arma.

Después de cenar, se acercó a la cocina de leña, cogió un tazón metálico lleno de café que había dejado sobre la chapa de hierro para que se calentara, subió a la terraza y vio cómo, poco a poco, el cielo se iba oscureciendo sobre el torreón al tiempo que notaba bajar rápidamente la temperatura.

Comenzaba a hacer bastante frío, así que trató de calentarse las manos apretándolas contra el tazón y comenzó con su nueva rutina. Se había propuesto tomar algunas medidas de protección tales como vigilar desde la azotea con los prismáticos, conectar la cámara de seguridad tanto de día

como de noche y llevar consigo la vieja escopeta de caza de su padre.

Además, ahora cuando tenía que salir, subía a la azotea y echaba un vistazo con los prismáticos intentando descubrir algo nuevo.

Tras acabarse el café, cogió los prismáticos y escrutó los alrededores en busca de algún movimiento extraño, pero como no vio nada raro, bajó al salón, conectó la cámara e hizo un barrido hasta la línea del bosque. Un jabalí paseaba tranquilamente mientras olisqueaba el suelo en busca de raíces. Por lo demás, todo parecía estar tranquilo en el exterior, pero él no podía dejar de pensar en qué coño podría haber sucedido en aquella casa. Se le ocurrió que quizás, no tenía nada que ver con lo del virus, quizás simplemente, un ladrón entró en ella pensando que estaba vacía, se vio sorprendido por el dueño, pelearon y la cosa se complicó, pero... no, había demasiada sangre para una simple pelea y necesariamente alguien tenía que haber muerto. Tras pensarlo durante un largo rato, finalmente decidió que a la mañana siguiente intentaría contactar con la guardia civil, pero no bajaría al pueblo, sino que pasaría de largo e iría directamente al cuartel que estaba a unos treinta kilómetros de allí.

En cuanto amaneció, desayunó rápidamente, se vistió y con el viejo Range-Rover, se puso en camino hacia el cuartel de la guardia civil. Tras circular durante poco más de un kilómetro, al dar una curva se sorprendió al encontrarse con una moderna furgoneta mercedes que se había estrellado contra un árbol al otro lado de la carretera. Pensó que quizás había sucedido hacía poco y que aún podría haber algún herido en el interior, así que se detuvo a pocos metros y revisó la furgoneta. La puerta del conductor estaba abierta y había un poco de sangre sobre el volante, pero no había nadie en su interior y tampoco pudo encontrar ningún cuerpo alrededor. Gritó todo lo alto que pudo preguntando si había alguien cerca que necesitara ayuda. Insistió una y otra vez, pero el silencio continuó siendo su única respuesta. Posó la mano sobre el capó y comprobó que estaba helado. Se maldijo por lo estúpido que había sido al no hacerlo antes. Estaba claro que el accidente tenía que haber sucedido muchas horas antes, quizás la noche anterior, o el día anterior. Se imaginó entonces que alguien debía de haber recogido al conductor y lo habría llevado al pueblo, pero le parecía extraño que la grúa no hubiera recogido aún el vehículo, ya que se trataba de una furgoneta de alta gama, muy apetecible para cualquier desaprensivo, y además, por los rótulos de los laterales, debía de pertenecer a una empresa de ingeniería.

Marcos pensó entonces que en su interior todavía podría haber algo realmente

caro. Sabía que esas

empresas cobraban auténticas fortunas por casi nada, mientras que su sueldo no llegaba a mil euros trabajando diez o doce horas diarias, así que decidió que podría curiosear por el interior y que con un poco de suerte, quizás pudiera encontrar algo que le fuera útil, y así fue.

En cuanto levantó el portón trasero, vio varios cofres metálicos de los que se suelen emplear para transportar herramientas tecnológicas. Por un momento dudó entre esperar un rato a ver si aparecía alguien o cogerlas y largarse rápidamente. Después de mirar en todas direcciones, se decidió por lo segundo, así que lo cargó todo en el Range-Rover y se alejó de regreso al torreón.

Al llegar, los descargó y de inmediato comenzó a examinar el contenido de los arcones. Había tenido mucha suerte; dentro de uno de ellos encontró un dron profesional en perfecto estado, un ordenador portátil de última generación, un telemetro laser con un alcance de un kilómetro y lo mejor de todo, un teléfono por satélite. ¡Por fin podría contactar con el exterior!.

La primera llamada que hizo fue a emergencias. Tuvo que insistir durante

veinte minutos, pero finalmente logró hablar con una operadora. Tras informarla de lo que había visto en la casa y de la furgoneta accidentada, la mujer le dijo que enviarían a alguien en cuanto pudieran y que él, debía de quedarse en casa, asegurar puertas y ventanas, y no abrir a ningún desconocido especialmente durante la noche. Se había declarado el estado de excepción y había toque de queda desde las cinco de la tarde, hasta las nueve de la mañana en todo el país. Estaba totalmente prohibido salir durante las horas nocturnas debido a que el virus se había extendido y durante la noche, los infectados se volvían extremadamente violentos y atacaban a cualquier persona hasta matarla. Le aseguró que en cuanto pudieran pasaría una patrulla a buscarle para trasladarle a una zona segura y que si disponía de algún arma, podía hacer uso de ella para defenderse en el caso de que fuera atacado por algún infectado.

Lo que estaba escuchando le pareció increíble. La situación debía de estar totalmente fuera de control para que se permitiera disparar contra los infectados. Pensó que aquello parecía el guion de una mala película de zombis, pero estaba dispuesto a hacerla caso. Aumentaría aún más la vigilancia, reforzaría en lo posible el torreón y tendría siempre a mano la escopeta.

Después de colgar, subió a la azotea y se pasó el resto del día vigilando los alrededores, estudiando el manual de instrucciones y probando su nuevo juguete, pero ni por un solo segundo, pudo olvidarse ni del accidente, ni de la escena que había visto en la casa o al menos, no pudo hacerlo hasta que al final de la tarde, algo completamente inesperado sucedió.

Tras varios intentos, había logrado hacer despegar el dron para probarlo y ahora, el aparato estaba sobrevolando un claro en el bosque a unos ochocientos metros del torreón cuando en la pantalla vio a un hombre, un tipo alto y fuerte, que lo cruzaba camino del bosque. Al aumentar el zoom, advirtió que su chaqueta estaba rasgada y que en ella se apreciaban claramente manchas de sangre. De inmediato se dio cuenta de que debía de tratarse del conductor de la furgoneta y que por la expresión de su rostro, debía de encontrarse en estado de shock. Se dirigía hacia el bosque y Marcos estaba seguro de que si aquél hombre se adentraba en él, probablemente se perdería y entonces moriría sin remedio. Se dio cuenta de que se había equivocado y que el accidente era más reciente de lo que había pensado. Si hubiera seguido buscando al conductor, pero... ya daba igual. Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ya mismo.

Por un momento pensó que podía pedir ayuda con el teléfono, pero estaba seguro de que no llegarían a tiempo y por lo tanto, no tenía más remedio que ocuparse él mismo del rescate, pero debía de darse mucha prisa. En menos de una hora anochecería y entonces ya no podría encontrarlo.

Salió todo lo rápido que pudo, condujo el todoterreno hasta el linde del bosque y atravesó la densa arboleda hasta llegar al claro que había visto en la imagen. No veía al hombre, así que se puso a llamarlo a gritos mientras buscaba sin cesar. Corrió hacia el bosque en la dirección que llevaba el conductor, pero tampoco lo encontró.

Continuó llamándolo a gritos mientras alumbraba con la linterna entre los árboles, pero el único ser vivo que salió caminando de entre ellos, fue el jabalí que había visto la noche anterior en las cámaras. Sin asustarse ni lo más mínimo, el animal se alejó en dirección al torreón.

Marcos recordó entonces las recomendaciones de la operadora de emergencias y maldijo entre dientes por haber olvidado coger la escopeta, pero aun así continuó buscando hasta que media hora después, la noche comenzó a caer y desanimado, tuvo que abandonar la infructuosa búsqueda.

Tendría que continuarla al amanecer y mientras regresaba al coche, no pudo evitar pensar que probablemente para entonces ya sería demasiado tarde para aquel desgraciado.

Cuando giró la llave del Range-Rover, éste arrancó y el sonido del motor se extendió por el bosque mientras la luna comenzaba a brillar y “algo”, atraído por aquél ruido, cruzaba el claro corriendo a toda velocidad.

A la mañana siguiente, una insoportable sensación de mareo le hizo abrir los ojos y sacudir la cabeza de un lado a otro en un intento de alejar el golpeteo que notaba en sus sienes, hasta que se dio cuenta de que los golpes no estaban en su cabeza sino que provenían del exterior.

En ese instante se dio cuenta de que había dormido demasiado y una señal de alarma se encendió en su mente. De un salto, bajó los pies de la cama y se abalanzó hacia el monitor que controlaba la cámara de vigilancia. Sus pupilas tardaron unos instantes en enfocar la imagen de la pared de piedra iluminada por la luz de la luna llena. Había calculado mal la hora en la que ésta saldría y tanto por la información de la chica de emergencias, como por lo que él

mismo había visto en la casa, sabía que si el anochecer le hubiera sorprendido en el exterior un error así podría haberle costado la vida.

Tras coger la escopeta y comprobar que estaba cargada, encendió los focos exteriores y subió a la azotea. Se pasó varios minutos intentando averiguar de dónde procedían los golpes que le habían despertado, pero no vio a nadie por los alrededores. Cogió una potente linterna recargable que tenía un enorme alcance y enfocó con ella hasta los primeros árboles. En cuanto lo hizo, su vecino el jabalí se ocultó del haz de luz adentrándose entre los árboles. Fue el único ser vivo que pudo encontrar y como tampoco vio ninguna luz a lo lejos que le hiciera sospechar que pudiera haber algún vehículo cerca, se tranquilizó y regresó al interior pensando que los golpes que había creído escuchar, debían de haber sido solamente fruto de su imaginación. Tras quitarse el chaquetón, se calentó un tazón de café y durante un rato, siguió mirando las imágenes de la cámara. De nuevo, su gordo y peludo vecino volvió a aparecer en la imagen, pero por la rapidez con la que lo hizo, esta vez parecía tener bastante prisa.

Al poco tiempo se quedó dormido sobre el sofá y no se despertó hasta bien entrado el amanecer

Al amanecer, en cuanto los primeros rayos de luz cayeron sobre el torreón, Marcos subió a la azotea, observó con los prismáticos en busca de algún infectado y después, cogió la escopeta y dio un paseo alrededor del límite del bosque. Al regresar camino del torreón, en una pequeña hondonada situada a doscientos metros de la casa encontró los restos de su desafortunado vecino.

Se horrorizó al ver que el infeliz animal había sido brutalmente atacado por alguna bestia que lo había devorado parcialmente. Pensó que aquel pobre animal no se merecía una muerte semejante y se juró, que mataría a quien lo hubiera hecho.

Se imaginaba que la bestia responsable de la matanza, seguramente volvería para continuar con el festín, así que trasladó los restos hasta unos diez metros del torreón y entonces, una corriente fría le subió por la espalda al mirar la falsa puerta de entrada que había colocado en una de las paredes durante la reforma. Sobre la madera, había manchas de sangre, manchas con forma de manos humanas y eso sólo podía significar una cosa, que los golpes que había oído aquella noche, habían sido reales y que por los alrededores, acechaba un infectado, una bestia sanguinaria y cruel que al no poder alcanzarle, había dado caza al pobre jabalí.

Marcos notó una mezcla de ansiedad, ira y miedo. Si ese cabrón quería cenar,

volvería porque sabía que los restos de su presa estaban allí, y cuando lo hiciera, él estaría esperándole para reventarle la cabeza de un disparo.

El resto del día lo pasó vigilando los alrededores con la inestimable ayuda del dron. Ahora que le había cogido el truco, ya podía volarlo hasta el límite del bosque y si lo que había leído en las instrucciones era cierto, con un par de días más de práctica podría llegar con él hasta el pueblo.

En cuanto cayó la noche, Marcos se situó en la azotea y aguardó hasta que en la pantalla del portátil apareció la imagen de un ser, medio hombre medio bestia que al ver los restos del jabalí, lanzó un horrible chillido y se abalanzó sobre el animal. En ese momento, Marcos se alzó sobre el muro de la azotea, encendió los focos y apuntó a la bestia que se había incorporado sorprendida por la inesperada luminosidad. Marcos la oyó gruñir y en ese instante apretó el gatillo. El ser cayó gritando al ser alcanzado en el costado, pero apenas dos segundos después ya se había incorporado y sus ojos reflejaban un intenso brillo de odio. Marcos volvió a apuntarle, aún le quedaba un disparo, apretó el gatillo y falló. Aquel ser se había lanzado como un rayo contra la pared y ahora gritaba mientras intentaba escalar por ella.

Marcos estaba asustado, le temblaban las manos mientras recargaba la escopeta y pensaba en qué coño era aquel ser y porqué parecía estar perfectamente a pesar de que le había alcanzado con el primer disparo. Se asomó por el muro y vio un rostro desencajado que elevaba sus manos crispadas como garras en un vano intento de alcanzarle. Marcos apuntó a su cabeza y el disparo la hizo estallar en una nube de trozos de huesos, sangre y sesos.

Orientó la linterna hacía el cuerpo. No se movía. Estaba muerto, pero por si acaso, Marcos volvió a dispararle, y después, recargó y le descerrajó otros dos tiros más.

Una vez que estuvo convencido de que aquél ser estaba bien muerto, regresó al interior, cogió la botella de bourbon y bebió un largo trago. No podía creerse lo que había hecho. Había matado a... a alguien, bueno, mejor dicho a “algo”.

No pegó ojo en toda la noche. Al amanecer, desde la azotea comprobó que el cuerpo seguía en la misma posición, así que se puso una mascarilla, unos guantes de plástico y con la escopeta en la mano bajó y lo observó con detenimiento.

Sin lugar a dudas se trataba de un infectado y a pesar de que su cabeza era un repugnante amasijo de huesos y carne sanguinolenta, estaba seguro de que se trataba del mismo hombre al que había visto adentrarse en el bosque. Su ropa y el logo de la empresa que llevaba cosido en su chaqueta lo delataban.

Se dio cuenta de que había matado al conductor de la furgoneta y supuso que probablemente, éste era el causante de lo que había sucedido en la casa ensangrentada. Lo que no sabía era si el virus se transmitía por la sangre, porque de ser así, los ancianos de la casa debían de estar por ahí, en busca de alguna presa y entonces, él se encontraba en su zona de caza, así que revisó la escopeta, cogió una canana llena de cartuchos, su cuchillo de monte, un machete y fue en busca de ellos.

Le costó tres horas de intensa búsqueda, pero finalmente, los encontró cerca de la casa de los propios ancianos. Primero encontró al anciano. Caminaba sin rumbo, descalzo y con los pies destrozados. Sus ropas estaban desgarradas y totalmente cubiertas de sangre, estaba como alienado, ausente. Cuando Marcos le preguntó si se encontraba bien, el hombre no paraba de tartamudear y de repetir que su esposa estaba en la cuadra, que estaba en la cuadra y mientras lo repetía una y otra vez, Marcos observó que desde la

boca del anciano arrollaba un reguero de sangre seca que descendía por la camisa.

Entonces se dio cuenta de que los infectados, durante el día eran solamente unos pobres desgraciados que caminaban sin rumbo en estado de shock. Quizás sus mentes se negaran a aceptar lo que ocurría durante la noche cuando se convertían en bestias sanguinarias o quizás no recordaran absolutamente nada de lo sucedido. Fuera de una u otro forma, Marcos sabía lo que tenía que hacer, así que le pidió disculpas al anciano, le apuntó al pecho y disparó. El impacto, lanzó el cuerpo violentamente contra el suelo. Mientras se acercaba al anciano, Marcos vio que éste alzaba su mano temblorosa hacia él, y esbozaba una sonrisa mientras que de su boca salía un borbotón de sangre. Incluso le pareció advertir un brillo de agradecimiento en su mirada. Se sentía reconfortado.

Después se dirigió hasta la casa. No se molestó en entrar en ella y fue directamente a la cuadra. Allí, en medio de un enorme charco de sangre reseca, estaban los restos de la anciana. Prácticamente no quedaba nada de ella, sólo sangre, restos de carne, órganos y huesos roídos. En ese momento, la cronología de los hechos le vino a la cabeza. El conductor debía de estar infectado sin saberlo y durante la noche, se transformó y perdió el control de la furgoneta estrellándose. De inmediato, debió de ponerse a buscar alguna

presa y por desgracia para los ancianos, encontró su casa.

Probablemente el anciano oyó ruidos, abrió la puerta y se lo encontró frente a ella. El infectado debió de atacarle y al escuchar los ruidos de la pelea, seguramente la anciana acudió en su ayuda, pero probablemente, durante el forcejeo el anciano cayó inconsciente, su mujer debió de asustarse y se escondió en la cuadra en donde el infectado la encontró y después de matarla, la devoró hasta que sació su hambre. Cuando se marchó, el anciano debió de levantarse ya transformado y también comió de ella. De echo, debió de alimentarse de su esposa hasta que él lo encontró. Pensó que el anciano no le había engañado. Se acordaba perfectamente que su esposa estaba en la cuadra, pero dudaba de si recordaría que él mismo era quien se la había comido. Si era así, matar al anciano era lo mejor, lo más piadoso que podía haber hecho por él y decidió que a partir de ahora seguiría haciéndolo. Durante el día, buscaría a los infectados y les daría piedad y por la noche, descansaría a la espera de que “ellos” le encontraran.

Capítulo 3

Cinco semanas después del comienzo de

la infección.

El otoño había comenzado y durante las últimas dos semanas los días nublados habían superado con creces a los despejados, por lo que Marcos no sabía con certeza el momento justo en que el sol, daría paso a la oscuridad y tampoco sabía si las nubes serían lo suficientemente densas como para detener la luz lunar.

En dos ocasiones se había visto sorprendido por la puesta del sol, y precisamente por ello sabía que en cuanto eso sucedía, “ellos” salían de sus escondrijos y se convertían en los dueños de la superficie.

Normalmente, en cuanto amanecía encendía un cigarrillo, se enfundaba su machete, cogía su mochila y su escopeta y tras comprobar que llevaba munición suficiente, daba un paseo primero por las inmediaciones de la casa y a continuación por la carretera en busca de algún infectado que se hubiera visto sorprendido por la luz del alba.

Los infectados eran fácilmente diferenciables de los no-infectados, ya que los primeros se encontraban totalmente desorientados, sin saber dónde estaban y cómo habían llegado allí, mientras que los segundos normalmente en cuanto

le veían o bien solían amenazarle con dispararle si se acercaba más a ellos, o bien directamente le disparaban primero y le amenazaban después.

Ambas posturas hicieron que perdiera rápidamente las escasas ganas que tenía de establecer cualquier tipo de contacto con los no-infectados, pero sin embargo le gustaba entablar conversación con los infectados. Eran solamente unos pobres desgraciados que no tenían consciencia de la pesadilla que estaban viviendo y mucho menos aún, de la pesadilla en la que ellos mismos se convertirían en pocas horas, noche tras noche hasta que alguien como él se apiadara de ellos.

Siempre que se encontraba a algún infectado, le hablaba con educación y cordialidad mientras que de la mochila que llevaba siempre que salía al exterior, sacaba unas chocolatinas, una lata de Coca-Cola y

se las ofrecía con una sonrisa. Después, charlaba un rato con ellos, les tranquilizaba diciéndoles que su amnesia seguramente se debía a que habrían tenido un bajón de tensión, o una subida de azúcar y al final señalaba hacia la carretera y se ofrecía para acompañarles hasta el puesto de la guardia civil que había en un pueblo cercano.

Cuando su confiado interlocutor se giraba para mirar en la dirección que señalaba, Marcos desenvainaba rápidamente el machete y descargaba un certero golpe sobre su cráneo abriéndolo en dos como una fruta madura.

Después, envolvía los cuerpos con un plástico, los cargaba en el Range-rover y los llevaba hasta un barranco cercano en donde los arrojaba. Se había vuelto totalmente insensible a la muerte, pero no siempre había sido así.

Al principio, durante los primeros encuentros, le repugnaba profundamente matarlos y por lo general, dejaba los cadáveres en el mismo lugar en el que les había “dado piedad”, pero no tardó en darse cuenta de que cuando los infectados encontraban comida, se quedaban varios días por la zona, así que decidió que lo mejor sería que los que pasaran por allí, no tuvieran ningún aliciente para quedarse.

Por las noches, “ellos” devoraban cualquier infortunado ser que se cruzara en su camino sin importarles que se tratara de un ser humano o de un animal, ni que estuviera vivo o muerto. Lo único que les importaba era devorar su carne y cuando tan sólo quedaba un montón de huesos, perdían el interés y se alejaban en busca de más presas, de más comida, hasta que al llegar las

primeras luces del crepúsculo se refugiaban en la oscuridad de sótanos, aparcamientos, grutas o cualquier lugar en el que la luz del sol no les alcanzara.

Tras revisar las imágenes de las cámaras, se dio cuenta de que el golpeteo que le había despertado, había sido causado por el infectado que había matado al jabalí al golpear la falsa puerta. Además, se dio cuenta de que se había soltado una tabla que ahora colgaba de una cuerda desde la azotea de su casa, o mejor dicho, su “torreón”, como él solía llamarlo. En realidad se trataba de una vieja cuadra de piedra que había heredado de su padre en un puerto de montaña entre Asturias y León.

La cuadra tenía unas paredes de seis metros de altura y constaba de dos plantas de 40 metros cuadrados cada una de ellas, la planta baja, originalmente, estaba destinada a los animales y la superior, en realidad era un entramado de madera en el que se guardaba la hierba para alimentar al ganado durante el invierno.

Él había decidido reformarla a su peculiar manera y por ello, eliminó el suelo de la primera planta, relleno la planta baja de tierra hasta los tres metros y sobre el relleno, colocó el suelo de la ahora única planta, totalmente diáfana a excepción de un pequeño aseo y espartanamente amueblada con un par de

armarios que había encontrado en la basura, una cama, un sofá-cama que le había dado un amigo al mudarse, una cocina de gas, otra de leña, una mesa que él mismo había construido con la madera de un árbol derribado por el viento, un televisor y una mesa baja sobre la que descansaba su portátil. En un lateral de la estancia estaba la estrecha escalera de madera que conducía a la azotea cubierta con un sencillo tejado de madera y rodeada por un muro de piedra de algo más de un metro de altura.

En el exterior de la planta baja había colocado una falsa puerta de entrada tras la que solamente había piedra, por lo que la verdadera entrada a la casa era la azotea, a la que sólo se podía acceder por una pasarela articulada mediante un ingenioso sistema de poleas.

Ya en la azotea, reparó la tabla que colgaba y revisó el depósito de agua y los canalones que llevaban el agua de lluvia hasta él. Después regresó al interior y tras ver su reflejo en el espejo, pensó que tal vez, tras casi dos meses sin afeitarse y casi uno sin ducharse, ya había llegado el momento de acicalarse un poco, pero no, no merecía la pena malgastar el agua que le quedaba en ponerse guapo. Total, nadie le iba a ver y si alguien lo hacía, lo más fácil es que tuviera que matarle, así que decidió que se lavaría un poco con una

esponja y que dejaría lo de darse un baño a fondo para más adelante, quizás para la siguiente semana.

Permaneció varias horas sentado frente al portátil, vigilando, las cámaras de visión nocturna que había situado alrededor de la casa y la webcam del ayuntamiento del cercano pueblo y que supuso, seguía en funcionamiento gracias a que debía de estar alimentada por una placa solar, pero no tenía ni idea de cómo coño le llegaba la señal y se prometió, que si algún día regresaba al pueblo lo averiguaría

Pasados algunos minutos, respiró hondo, se sentó sobre el sofá, encendió otro cigarrillo y se sirvió un vaso de vino tinto.

Al mediodía, Marcos estaba en el exterior recogiendo bayas y castañas. Cuando le pareció que tenía suficientes volvió a casa, las colocó en un escurridor en el fregadero y tras lavarlas, las secó, las guardó en un “tuper” y abrió la puerta de la nevera. Al hacerlo, la luz vaciló unos instantes antes de brillar normalmente.

Marcos chasqueó la lengua al tiempo que esbozaba un gesto de desagrado mientras pensaba que la batería debía de estar fallando nuevamente.

Durante la tarde subió hasta una loma cercana desde la que se divisaba gran parte del valle.

A unos seis kilómetros de donde se encontraba, se veía el pueblo y dirigió sus prismáticos hacia él. Se apreciaba bastante movimiento en sus calles y especialmente en la plaza, a donde un grupo de cazadores estaba llevando a una docena de hombres y mujeres. Marcos ya sabía lo que iba a suceder a continuación. No era la primera vez que lo veía. Los no infectados cogían a todos los que sospechaban que estaban infectados, los reunían en la plaza y tras una farsa que intentaba aparentar un juicio, acababan fusilando a los desafortunados reos.

Lo malo no era que les dieran muerte a los infectados, lo malo era que muchos de los ajusticiados no lo estaban. Generalmente solían ser viajeros de paso que recalaban en el pueblo para comprar provisiones o pasar la noche en el hotel. Si los infortunados viajeros tenían la mala suerte de que alguien informara de algún ataque al ganado o a alguna persona, de inmediato todas

las sospechas recaían sobre los forasteros quienes indefectiblemente acababan en la plaza del pueblo y sus bienes acababan repartidos entre los vecinos que participaran en el “juicio”.

En esta ocasión la visión de los cadáveres tirados en la plaza era demasiado deprimente para él y pensó que debería hacer algo para cambiarlo, pero... ¿cómo hacerlo sin delatar su existencia?. Nadie sabía que él estaba en “el torreón” y no podía permitir que lo descubrieran, ya que si lo hacían, seguramente no tardaría mucho en convertirse en un ajusticiado más.

Recordó cuando tiempo atrás, en un momento en el que aún no desconfiaba tanto de la gente, había bajado a otro pueblo con el objeto de hacerse con toda la carne en salazón que pudiera conseguir, así que cogió la furgoneta y se puso en camino, pero nada más llegar fue interceptado por tres hombres armados con escopetas que al ver la furgoneta rotulada con el nombre de una empresa de transporte urgente, le interrogaron por sus clientes en la zona. Querían saber si sus clientes eran del pueblo o de los alrededores. Era evidente que querían averiguar si había alguien que se hubiera trasladado a alguna casa de los alrededores. Él les respondió que no, que regresaba de vacío desde León y que si lo hacía por allí, era porque su jefe le había pedido

que lo hiciera para evitar un gran atasco en la autopista.

La respuesta no les convenció totalmente, pero tras comprobar que efectivamente no llevaba carga alguna, le dejaron en paz. Obviamente Marcos ya no se fiaba ni de ellos, ni de nadie, así que de inmediato arrancó y regresó a casa con la intención de no volver a pisar ninguna localidad hasta que la situación hubiera vuelto a la normalidad, o al menos hasta que los ánimos no estuvieran tan exaltados.

A las seis de la tarde volvió a subir a la azotea y oteó los alrededores con los prismáticos. Todo estaba en silencio, en completo silencio, “demasiado silencio”, pensó mientras que sus labios apretaban con fuerza el cigarrillo. En un momento, fijó su atención en una columna de humo que parecía provenir del puerto, posiblemente a unos cuatro o cinco kilómetros más arriba. Algo pasaba en lo alto del puerto y eso no era bueno, no era nada bueno porque ahora debería de vigilar ambas direcciones.

Ya eran las seis y media y era evidente que la situación iba a empeorar. Había divisado varios autocares cargados de gente que seguramente se detendrían

en el pueblo y esa no era una buena idea. Sólo faltaba una hora para el anochecer y si entre los viajeros había infectados, tan pronto como se pusiera el sol ocurriría una matanza.

Apenas diez minutos más tarde, escuchó varios disparos provenientes del pueblo y se imaginó que eran debidos a que los lugareños no querían que los viajeros se quedaran allí. Poco después volvieron a escucharse más disparos y al rato, nuevamente volvieron a oírse detonaciones, pero esta vez parecían provenir de distintos tipos de armas. Definitivamente, algo estaba pasando en la aldea, y se temía que algo mucho peor sucedería cuando saliera la luna. De ser así, aquella iba a ser una noche muy larga y tenía que coger fuerzas, así que se dirigió hacia la nevera para elegir su cena, abrió la puerta y paseó la mirada por las carnes, las bolsas de verduras congeladas y los precocinados.

Sacó al fin una bolsa de croquetas, unas patatas fritas, un chorizo y dos huevos. Después, cerró la puerta y se acercó al armario en el que guardaba las latas de conserva y las bebidas. Tomó una botella de vino y dejó caer los alimentos sobre la mesa. Puso al fuego una sartén y con los ojos fijos en el reloj, arrojó en su interior las patatas.

Las siete y diez. No faltaba mucho. Decidió acelerar y puso otra sartén al fuego.

Las siete y veinte. Se sentó a la mesa, cortó un trozo de pan y se sirvió un vaso de vino mientras miraba el lento pero inexorable movimiento de las agujas del reloj.

Las ocho menos veinte. Después de cenar subió las escaleras y tras abrir la trampilla, salió a la azotea. Echó un vistazo al gallinero y vio que las gallinas ya se habían resguardado. Se acercó al muro y miró al cielo. La luna brillaba y parecía hacerlo con una macabra sonrisa. Se había despejado y desde el norte comenzaba a soplar un frío viento que traía el olor del humo procedente de la aldea y el sonido de la muerte, disparos y gritos. Sabía que todo acabaría rápidamente y que cuando eso sucediera, “ellos” no tardarían en salir a buscar nuevas presas por los alrededores.

Quizás tuviera suerte y pasaran de largo al igual que en otras ocasiones. Se encogió de hombros y tras abrir tapa del “helipuerto” de su dron, cruzó la azotea y volvió a entrar en la casa. Cerró los cuatro pestillos de la trampilla, colocó las barras de hierro en la estrecha ventana y se sentó frente a la pantalla del portátil. Abrió el programa de control del dron, y éste despegó en dirección a la carretera.

No transcurrió mucho tiempo hasta que la cámara del aparato transmitió las primeras imágenes de la aldea. Las calles eran una interminable sucesión de

escenas violentas y rápidas, iluminadas por los potentes focos de los autocares y por el resplandor de las farolas. Infectados que perseguían a hombres y mujeres, dantescas escenas de cuerpos que agonizaban sobre el asfalto. Un primer disparo aislado, el eco del disparo, y luego más y más disparos que sembraban el suelo con los cadáveres de los infectados y los cuerpos de los humanos.

Tal y como se esperaba, la matanza había sucedido. Por todas partes se veían cuerpos caídos en grotescas posturas y sobre cada uno de ellos, uno o varios infectados devorándolos. Pensó que tenían alimento para unos días y que no le molestarían, pero debería de mantenerse alerta. El número de infectados, había aumentado exponencialmente y estaba convencido de que antes o después le encontrarían. Regresó el dron a la azotea, se tumbó en el sofá y tras taparse con la manta se sumergió en sus pesadillas

Capítulo 4

Nueve semanas después del comienzo

de la infección.

Suspiró, hoy habían llegado más temprano de lo habitual. Los oía afuera, al otro lado de las gruesas paredes de piedra. Oía sus carreras entre la maleza, sus gruñidos, sus gritos. Cerró los ojos por un instante y después, encendió un cigarrillo con resignación.

Se arrepentía de no haber limpiado la zona tras el ataque a la aldea. Si lo hubiera hecho, si a la mañana siguiente hubiera bajado al pueblo y se los hubiera cargado, los infectados no llevarían un mes merodeando la casa noche tras noche.

Todas las noches, al salir la luna, se reunían allí para lo mismo. Intentaban volverle loco, destrozarle los nervios para que una noche, saliera de su fortaleza y así poder acabar con él.

Pero no lo habían conseguido, al menos aún. Él los vigilaba de noche y al amanecer dormía durante cinco o seis horas. Después salía al exterior y paseaba.

De vez en cuando, cogía el Range-Rover y bajaba al pueblo, bueno a lo que quedaba de él. Buscaba provisiones y cualquier cosa que pudiera servirle y

cuando finalizaba, regresaba al torreón siempre con la misma pregunta en su mente ¿Por qué ya no veía a ningún infectado deambular de día? Si los hubiera visto, les habría dado piedad y antes o después, el pueblo habría quedado limpio. Pero no, los infectados ya no salían por el día, y él no tenía ni la menor idea ni de por qué ya no lo hacían, ni tampoco de dónde coño se refugiaban.

Abrió el portátil de golpe y a través de las cámaras de visión nocturna los vio. Eran unos cincuenta, pero sabía que entre los árboles del bosque había más. No entendía por qué demonios seguían allí, no comprendía por qué no le dejaban tranquilo.

¿Por qué demonios venían todas las noches? Después de tanto tiempo ya debían de haber desistido y probado suerte en otro lugar ¿Por qué no se habían dado cuenta de que por tan poca comida no valía la pena merodear durante tanto tiempo?

Oyó el alarido de uno de ellos. Lo conocía. Era “el chino” un infectado enorme de cerca de dos metros de altura y con rasgos asiáticos. Fue el

primero en aparecer y a su llamada acudieron todos los demás. Parecía ser el jefe del grupo, si es que esos bichos podían tener un jefe. Nunca había oído que los infectados se organizaran, que tuvieran una jerarquía, pero estaba claro que, al menos, entre el grupo que le asediaba, aquél cabrón era el que mandaba.

Los infectados, corrían alrededor de la casa mientras gruñían, chillaban y gritaban sin cesar. De vez en cuando, uno de ellos se abalanzaba contra la falsa puerta arañándola, o se aferraba a las piedras de la pared intentando escalarla, pero siempre era inútil.

Siempre acababan rodando por el suelo, o caídos entre los cercanos arbustos, y aunque Marcos estaba seguro de que jamás conseguirían llegar hasta la azotea, le preocupaba que en cada nueva visita los infectados se mostraran más osados, o quién sabe, quizás fueran más inteligentes.

“Algún día cogeré a ese bastardo”, pensó mientras cargaba la escopeta. “Algún día lo encontraré a solas y le reventaré la cabeza, y entonces, dejará de chillar y de tocarme los huevos. Mañana. Mañana lo haré, mañana buscaré su guarida y acabaré con todos ellos”.

Los alaridos iban en aumento, retumbaban en su cabeza y los golpes en la puerta le estaban sacando de sus casillas.

— ¡Ya está bien! ¡Ya basta!— gritó furioso mientras que escopeta en mano, subía los escalones y tras descorrer los cerrojos, salía a la azotea.

Hacía tiempo que deseaba hacerlo, esos cabrones se iban a enterar de con quién se estaban metiendo.

Apretó el botón de encendido de las luces exteriores. Los infectados se detuvieron sorprendidos por las potentes luces, parecían no entender por qué repentinamente se había hecho de día y tampoco debían de entender por qué la luz no les afectaba, pero Marcos no les iba a dar tiempo para que pensarán en ello. De inmediato, apuntó al primero que vio y le descerrajó un disparo en el pecho. El infectado cayó de espaldas y eso animó a Marcos para continuar disparando. Lo tenía fácil. Casi todos habían dejado de correr. Parecían confusos y se habían convertido en blancos fáciles. Marcos disparó una y otra vez, volvía a recargar y volvía a disparar sin darles tiempo a que reaccionaran. Unos minutos después los infectados habían desaparecido a excepción de los diez cuerpos que yacían tirados alrededor del torreón.

Marcos permaneció un rato allí, en la oscuridad, con la escopeta preparada, apretando los dientes y esperando que volvieran a la carga.

Una hora más tarde volvió al interior. Una mueca de disgusto se dibujó en su cara cuando se dio cuenta de que la noche les pertenecía a ellos y que lo que

había hecho era inútil. Sabía que de noche no podía vencerlos. Sabía que se habían retirado al bosque y que aguardaban el momento de volver. Sabía que antes o después lo harían y se dio cuenta de que se había comportado como un estúpido.

Se bebió un vaso de bourbon y tras apagar las luces externas revisó las cámaras, No veía a ningún infectado. Un rato después se acostó. Aquella noche no regresarían.

Cuando se despertó, eran poco menos de las diez. Permaneció tendido en la cama, recordando la pesadilla de la pasada noche.

Aún tenía grabadas sus caras, sus expresiones de ira, los salvajes alaridos de los infectados que incesantemente buscaban la forma de llegar a él.

Algunos, en cuclillas, acechaban desde el bosque como fieras, mientras se balanceaban hacia adelante y hacia atrás. Otros, los que habían caído bajo sus disparos se retorcían en el suelo. Estiró el brazo entumecido y tras coger el paquete de cigarrillos, encendió uno.

Al cabo de un rato se levantó y comprobó las imágenes de las cámaras. Afuera, en el exterior, los cuerpos de los que había abatido había

desaparecido. Abrió el armario y tras sacar un montón de ropa empezó a vestirse. Mientras se ponía la camisa, elaboró mentalmente la lista de cosas que tenía que hacer aquel día:

Bajar al pueblo.

Buscar agua.

Buscar gasolina.

Buscar el escondite de los infectados.

Prenderle fuego.

En cuanto terminó el desayuno, se cepilló los dientes, se lavó a fondo y se afeitó. Aquella mañana iba a hacer algo que jamás había hecho con anterioridad. Iba a cazar “Perdidos”. Había decidido dejar de llamarlos infectados. Primero pensó en llamarles “zombis”, pero los zombis de las películas sólo morían si les disparabas a la cabeza mientras que estos, morían igual que cualquier persona normal, así que decidió que a partir de ahora los llamaría “Perdidos” y él, a partir de ahora les daría piedad, hasta exterminarlos a todos.

Cuando llegó a la pasarela de la azotea, alzó los ojos. El cielo estaba despejado y el sol lucía casi sin nubes. Fantástico.

Abrió la puerta del Range-Rover, lo arrancó y puso rumbo al pueblo.

Los viejos muros de piedra de las silenciosas y vacías casas, se alzaban a ambos lados de la calle principal, los autocares que había visto pasar, todavía estaban aparcados en la entrada del pueblo. Se imaginó lo que debió de haber sucedido. Probablemente, los del pueblo, se habrían cargado a algunos de los pasajeros para forzarles a marcharse, pero quizás se les fue la mano, o quizás la mayor parte se escondieron en el bosque y fueron sorprendidos por alguno de los infectados que merodeaban por la zona. Una vez que un infectado... vaya, una vez que un "Perdido" mordía a una persona, si no la mataba, ésta tardaba alrededor de una hora en convertirse, por lo que calculó que la aldea debía de haber sido asaltada por alrededor de sesenta u ochenta perdidos y viendo los rastros de sangre, estaba claro que éstos debían de haberse dado un buen festín. Sin embargo, sucedía lo mismo que alrededor del torreón. No había ningún cadáver ni de humanos, ni de zombis, y que él supiera eso no debería de ser así. Los infectados no se comportaban como los zombis de las películas que en cuanto mataban a alguien, éste se convertía en zombi casi de inmediato. En este caso, si un infectado mataba a una persona, ésta ya no se volvía a levantar jamás, ni viva, ni tampoco muerta. Solamente se convertía

en el caso de que sobreviviera al ataque. El virus actuaba muy rápidamente y cuando alguien resultaba contagiado por un mordisco, a los pocos minutos perdía el conocimiento y cuando se despertaba, lo hacía convertido en uno de ellos. De día se comportaban como humanos en estado de shock y amnésicos, pero de noche, en cuanto salía la luna perdían la razón, se volvían agresivos y se dedicaban a cazar y devorar cualquier cosa que se moviese. Pero eso solamente sucedía cuando salía la luna, ya que en las noches nubladas en las que la luna no llegaba a asomar, continuaban comportándose como humanos y eso conllevaba la muerte inmediata, ya que si los desdichados entraban en alguna población, eran ejecutados de inmediato.

Realmente era casi imposible distinguir a un infectado de un no infectado y eso le había costado la vida a muchos viajeros a los que el coche se les averiaba en el momento menos oportuno.

Marcos continuó hasta dejar atrás los autocares y se detuvo en el supermercado en busca de agua y provisiones.

Entró en el silencioso almacén, cogió un carrito y lo empujó a lo largo de los silenciosos y pasillos. Fue cargando todo lo que pudo cuidando de dejar

suficiente espacio para el agua.

Cuando las encontró, metió las botellas en el carrito y subió hasta la oficina. Sabía que el propietario era cazador y era posible que guardara algo que le sirviera.

Tuvo suerte, en el despacho había un armero con las llaves colgando de un clavo justo al lado. Al abrirlo encontró un rifle de caza mayor con mira telescópica, una buena escopeta de cañones superpuestos y varias cajas de munición para ambas. Tras colgarse al hombro las dos armas, se guardó la munición en la mochila y regresó al coche.

Mientras circulaba hacia la salida del pueblo frunció el ceño al pensar que “algo” extraño estaba sucediendo. “Algo” había cambiado en el comportamiento de los infectados y el no saber cuál era la causa estaba comenzando a preocuparle y a irritarle a partes iguales.

Sacudió la cabeza. Debía pensar detenidamente en todo esto, ordenar las preguntas y encontrar las respuestas.

En el almacén de la serrería encontró la gasolina. La cargó en el coche y luego registró a fondo el edificio. Primero la zona de almacenaje, después las

oficinas, a continuación el taller y finalmente se dirigió hacia el sótano. Nada más acercarse a la puerta escuchó los inconfundibles gruñidos de los perdidos. No necesitó escuchar nada más. Había esperado ese momento durante mucho tiempo. Rápidamente roció el taller con varias garrafas de gasolina, salió al exterior y le prendió fuego. Con la escopeta preparada, aguardó hasta que todo el edificio se convirtió en una gigantesca tea ardiendo. Sus músculos se tensaron al escuchar los primeros chillidos, pero a medida que el fuego consumía el edificio, éstos se iban apagando. Cuando cesaron por completo, Marcos no pudo contener la risa al pensar que posiblemente no recibiría más visitas nocturnas en una larga temporada.

Hacia las cuatro llegó al torreón, descargó y almorzó mientras pensaba en los muchos puntos oscuros que había en todo aquello. Ya no salían de día, no había cadáveres, no tenía ninguna comunicación con el resto del mundo y estaba solo. Totalmente solo.

Marcos apretó los labios. “Olvídalo”, se dijo a sí mismo. “Algún día entenderás lo que sucede y por qué sucede, pero ahora no. Ahora hay cuestiones más urgentes que resolver”.

Después del almuerzo, colocó unas dianas en el exterior y desde la azotea se

dedicó a practicar su puntería con el rifle.

Capítulo 5

Doce semanas después del comienzo de la infección.

Aquella mañana se levantó optimista; se sentía bien y estaba relajado por primera vez en mucho tiempo. Llevaba varias noches sin visitas y se estaba acostumbrando a la tranquilidad y nuevamente a su permanente soledad.

Después de desayunar, cogió un libro de su reducida biblioteca, se sirvió un vaso de whisky, encendió un cigarrillo y subió a la azotea. A pesar de que estaba nublado, la temperatura era agradable, así que abrió su tumbona plegable y comenzó a disfrutar de la lectura.

El libro era una novela en la que se relataba como el acercamiento de un planetoide, acababa con la extinción de la civilización y cómo de sus cenizas, surgía una nueva civilización que negaba a sus antecesores y eso les llevaba a cometer los mismos errores.

Realmente era un compendio de supersticiones, leyendas y teorías conspiratorias. De echo, sus protagonistas podían ser tildados de paranoicos, pero lo cierto es que eran los que más se habían aproximado a la verdad. Nadie había creído en ellos y la humanidad había acabado pagándolo. Y realmente, en la realidad, algo parecido era lo que había sucedido, quizás no

por un planetoide, pero al comienzo, nadie había aceptado que el apocalipsis zombi pudiera ser real.

Él no era ni político, ni científico, ni militar, pero aun así tenía una teoría acerca de cómo y por qué había comenzado todo.

La primera noticia que le alarmó, la escuchó hacía unos dos meses en el telediario de la noche. Los americanos habían hundido un submarino norcoreano frente a la costa de Hawái.

Pensó que si eso era cierto, al gordito chiflado que mandaba en Corea no le habría gustado nada y que seguramente respondería de alguna manera, y así fue.

Dos días después, cuando la radio informó de que dos bombas de hidrógeno habían estallado en una falla submarina frente a la costa de California, provocando un gran terremoto que fue seguido de un Tsunami, supo a ciencia cierta que los americanos arrasarían Corea del Norte en cualquier momento. Y en efecto, los americanos lanzaron un ataque nuclear sobre Corea que literalmente la borró del mapa, y el mismo día que comenzaron a llegar los datos sobre el ataque, fue cuando comenzó la infección. Él no lo supo hasta tiempo después, pero uno de los primeros casos que sucedieron en España le

tocó de cerca. Fue cuando se quedó tirado en un atasco en la autopista del Huerna. Un autocar colisionó con dos infectados que aparecieron de repente en medio de la autopista. Algunos heridos se pusieron a correr por la autopista y fueron atropellados provocando más accidentes en ambas sentidos y dejando cortada la circulación en ambos sentidos lo que provocó que los servicios de emergencia tuvieran dificultades para llegar y cuando lo hicieron, tuvieron que montar un hospital de campaña para atender a tantos heridos. Pero lo peor sucedió cuando cayó la noche. Los infectados aparecieron de repente y cayeron sobre los médicos, sobre los guardias civiles y sobre todos los que estaban por allí.

Él tuvo suerte. El atasco le pilló justo al lado de un desvío de emergencia. La guardia civil, abrió el quitamiedos que servía de mediana y fue uno de los primeros en salir de allí. Como ya era de noche, y estaba comenzando un puente, se desvió hasta una casa que había reformado en un pueblo a una hora de allí. No tenía planes para ese puente y pensó que ya que estaba cerca, pasaría unos días en la casa.

No llegó a enterarse de la masacre hasta que a la mañana siguiente, mientras desayunaba, puso las noticias y se dio cuenta de que había salvado la vida de

milagro. Aquello fue más que suficiente para él. Cogió la furgoneta, fue hasta el pueblo más cercano que tenía cajero automático, sacó mil euros, fue al primer supermercado que vio, y se gastó la mitad en comprar agua, comida y todo lo que pensó que le podría ser útil. Después, se detuvo en una gasolinera, llenó el depósito, unas cuantas garrafas de gasolina y condujo sin detenerse hasta el torreón.

Al llegar, se hizo un café, encendió el televisor y el portátil, y poco a poco, fue atando cabos hasta que creyó darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

Como los Estados Unidos culpaban de la catástrofe a Corea, habían respondido lanzando un ataque nuclear de represalia que había arrasado la superficie del país y los coreanos, a su vez, habían respondido lanzando algún tipo de arma biológica, algún virus que volvía loca a la gente.

Corea del Norte estaba plagada de gigantescos refugios anti-atómicos, así que probablemente esperarían a que el virus debilitara a sus enemigos y después saldrían y les darían por el saco con la ayuda de los rusos, de los chinos o incluso de ambos.

Durante los siguientes días, las noticias, aunque fueron muy confusas, le hicieron pensar que se había quedado muy corto con su teoría y que lo que

realmente pretendían con el virus era que nos matáramos entre nosotros.

En los informativos decían que los científicos no sabían si era debido a que el viento había esparcido la radiación, pero por todo occidente se estaban dando casos de personas que al anochecer se volvían locas y atacaban a todo el que se encontraban.

Una semana más tarde, ya se decía que el responsable era un virus al que habían llamado Luna, ya que sólo se activaba cuando la luz lunar tocaba el cuerpo del infectado. El virus se estaba expandiendo a una velocidad increíble y ya se calculaba que el porcentaje de población afectada por el virus Luna era del veinte por ciento.

Una semana después, el porcentaje había subido al cuarenta por ciento y ya habían llegado a su misma conclusión, es decir, culpaban a Corea del Norte de haber creado y diseminado el virus como represalia por el ataque.

Al día siguiente, tanto la señal de televisión como la de teléfono e internet, desaparecieron y ya no tuvo más noticias.

Algo oscuro, algo imposible, algo que sólo existía en las páginas de los foros conspiranoicos se había hecho realidad.

Tomó un sorbo de whisky y cerró los ojos, dejándolo bajar lentamente por la garganta hasta calentarle el estómago. Nadie había podido sospechar que algo así podía suceder, nadie se lo esperaba y por lo tanto nadie pudo detenerlo. Y a él, todo aquello le había sorprendido a solas y aunque no se consideraba un hombre especialmente sociable, lo cierto era que comenzaba a echar de menos hablar con otras personas y también, echaba de menos la suavidad y el calor de la suave piel de una mujer.

Llevaba demasiado tiempo solo, y muchas veces había pensado en salir a buscar supervivientes. Estaba seguro de que por supuesto, había posibilidades de que existieran otros como él intentando sobrevivir en alguna parte, en algún lugar seguro. Pero quizás ese lugar estuviese demasiado lejos y sin arriesgarse a viajar de noche ¿cómo podría reunirse con ellos?.

Tras rellenar nuevamente el vaso, se apoyó en el muro y contempló las columnas de humo que se elevaban en el horizonte. No era una buena señal, pero al menos estaban muy lejos.

Aquél humo le hizo recordar la noche del último ataque y un gesto de odio se dibujó en su rostro. “Malditos bastardos. Si se atreven regresar los mataré, juro que los mataré a todos”.

La rabia que sentía hizo que apretara con fuerza el vaso hasta que éste, estalló en mil pedazos.

Al ver la sangre mezclada con el whisky, se imaginó que a “ellos” les encantaría esa visión. Seguro que se pondrían cachondos, pensó mientras veía como la sangre goteaba lentamente desde su puño.

Se acercó al fregadero, se lavó cuidadosamente la mano, la desinfectó y finalmente la vendó meticulosamente. Pensó que con el virus flotando por ahí, no necesitaba arriesgarse más de la cuenta, así que se sirvió otro vaso de whisky, se sentó en el sofá y bebió hasta que el sueño y el whisky le vencieron.

Capítulo 6

Trece semanas después del comienzo

de la infección.

Aquella noche “ellos” regresaron. Podía escucharlos alrededor del torreón, rondando, gruñendo, aguardando a que saliera para abalanzarse sobre él y devorarlo como las fieras hambrientas que eran.

¿Qué esperaban aquellos demonios? ¿De verdad suponían que se iba a derrumbar? ¿Qué iba a sucumbir y entregarse?. Quizás eso pudiera pasar, quizás una noche se diera por vencido, pero aquélla

noche eso no iba a suceder. “Si me quieren, me tendrán”, pensó mientras cogía la escopeta y una caja de cartuchos camino de la trampa. Notaba cómo un sentimiento de furia le subía por el pecho y la garganta hasta estallar en su boca

— ¡Ahí voy cabrones!—

Afuera, oyeron el ruido que producían los cerrojos al descorrerse y un alarido de anticipación llenó la noche. Su presa iba a salir.

Cuando Marcos posó su mano sobre el último cerrojo se detuvo. Estaba a punto de hacer justamente lo que ellos querían y no les iba a dar esa

satisfacción. Volvió a cerrar los otros, giró sobre sí mismo, bajó las escaleras y golpeó la pared con el puño.

Después se dejó caer sobre la cama, mientras pensaba. “Casi lo lográis, pero no será esta noche”

Cuando se despertó, se incorporó con una mueca de disgusto. Los nervios le estaban traicionando. Se había vuelto a dormir y no podía ni quería hacerlo. Era peligroso. De noche debía de vigilar, no de dormir. Para eso ya tenía el día, cuando los infectados no merodeaban su hogar.

Se levantó, y tras arrastrarse hasta el fregadero, se remojó la cara con agua fría. Cuando acabó de desayunar, se vistió, cogió la escopeta repetidora, los rifles, dos cananas con munición y se puso a la espalda el machete y la escopeta que había encontrado en la oficina del supermercado. La había recortado los cañones con una sierra de metal y aprovechando la funda de escopeta en la que estaba cuando la encontró, había confeccionado una nueva funda, de forma que ahora llevaba a la espalda el machete y la recortada.

Al salir miró al cielo. Esa mañana su color era de un gris plomizo y

amenazaba lluvia. Caminó hasta el Range-Rover y al llegar a él, una maldición salió de sus labios al comprobar que los infectados se habían cebado con los cristales. Tendría que conseguir otro vehículo si no quería mojarse.

Caminó durante diez minutos hasta llegar al lugar donde tenía escondida la furgoneta. Subió a ella, arrancó y tras salir marcha atrás hasta la carretera, dio la vuelta y apretó el acelerador.

No llevaba un rumbo determinado, pero sabía que no quería detenerse en la aldea, así que al llegar a ella, aceleró hasta los noventa kilómetros por hora y dejándola atrás, continuó hasta que al doblar una curva, vio un todo-terreno Toyota detenido en la cuneta.

La puerta del conductor estaba abierta. De un vistazo comprobó que a pesar de que las llaves no estaban puestas la luz interior se encontraba encendida.

Miró a su alrededor con atención intentando descubrir al conductor. Apenas dos minutos más tarde, encontró sus restos a unos cien metros del coche. El cuerpo estaba a medio devorar, así que supuso que debían de haberlo cazado poco antes del amanecer y que no habrían tenido tiempo suficiente para acabar el banquete. “Putos infectados de mierda”, pensó. Hacía tiempo que

había dejado de llamarlos “Perdidos”. Los muy cabrones se estaban volviendo más listos y sabían perfectamente lo que debían de hacer, cuando lo tenían que hacer y sobre todo, dónde lo harían. Ya no estaban perdidos.

En cuanto oscureciera volverían para acabar el trabajo. Jamás se les olvidaba dónde estaba la comida.

Rebuscó alrededor de los restos y no tardó en encontrar las llaves del coche. Se giró hasta el cadáver y respetuosamente se lo agradeció. Llevaba tanto tiempo sin hablar con nadie que se sentó a hablar con él. Durante cerca de una hora le relató cómo había llegado allí, el acoso al que los infectados le estaban sometiendo desde entonces y por supuesto, se quejó de la vergonzosa manera con la que los medios de comunicación habían tratado el tema y lo estúpidamente lenta que había sido la reacción del gobierno al comienzo de la infección.

Cuando sintió que ya se había desahogado lo suficiente, roció el cuerpo con gasolina y le prendió fuego a modo de agradecimiento póstumo.

Puso en marcha el coche y se dirigió carretera abajo hasta que se detuvo en un bar. Se dirigió hasta la puerta, pero la encontró cerrada con llave, así que rompió una ventana y entró a través de ella.

Una vez dentro, se sirvió un vaso de vino, comió un plato de espárragos en lata, unas patatitas y cuando acabó, se dedicó a guardar en la mochila todas las latas que encontró. Después, salió al aparcamiento, encendió un cigarrillo y mientras paseaba, disfrutó del silencio, un silencio únicamente roto por el sonido de sus pisadas y el despreocupado canto de los pájaros. Ellos sabían que en el aire y en las altas copas de los árboles estaban a salvo.

Más tarde arrancó el Toyota y condujo de regreso al torreón, pero pocos metros después, el motor se detuvo inesperadamente. ¡Qué estúpido había sido! Seguramente lo mismo le habría sucedido al dueño y seguramente su fin también sería el mismo.

Marcos hizo girar nuevamente la llave con dedos temblorosos, pero sin ningún resultado. “Joder, esta vez sí que estoy bien jodido coño”. Calculó que quedaba poco más de una hora para el crepúsculo y él se encontraba a unos cuatro kilómetros en subida, de donde había encontrado el Toyota. Su única posibilidad, era dejar la mochila y la cazadora en el coche y llevarse tan solo las armas. Seguramente las iba a necesitar. Tenía que correr hasta alcanzar la furgoneta y rezar porque consiguiera regresar al torreón antes que “ellos”.

Sintió un escalofrío en la espalda al imaginarlos esperándole ante la casa.

Con un ahogado gemido, comenzó a correr mientras trataba de calmarse. No podía derrumbarse ahora. Debía de serenarse y mantener un ritmo constante, pero llevaba demasiado tiempo sin hacer ejercicio y al poco rato sintió que le faltaba el aliento.

Cuando logró alcanzar la furgoneta, estaba totalmente agotado.

Miró al cielo. Empezaba a oscurecer. Quedaban pocos minutos de luz. Se pasó la mano nerviosamente por la sudorosa frente. Vio con espanto que la luna comenzaba asomar. Ya era tarde. Estaba seguro de que ya estarían merodeando por el bosque, quizás camino de su hogar. Tenía que llegar antes que ellos, pero... ¿y si ellos llegaban antes? ¿Cómo podría entrar en casa?. Bueno ya se le ocurriría algo.

Marcos miraba de vez en cuando entre los árboles que desfilaban rápidamente a ambos lados de la carretera intentando descubrir a algún infectado, pero... pero, repentinamente un grito que le heló la sangre se elevó por encima del ruido del motor. Miró por el retrovisor y vio que uno de aquellos bastardos acababa de salir corriendo de entre los árboles y corría tras

la furgoneta.

El grito siguió resonando en el aire y en un instante, fue respondido con más gritos desgarradores que parecían provenir de todos los rincones del bosque.

Marcos estaba aterrado. Cerró la boca con fuerza mientras las manos se le entumecían al aferrar el volante. La furgoneta no podía ir más deprisa. Los neumáticos chirriaban y en cualquier momento podía perder el control al doblar una curva, se estrellaría contra un árbol y si eso sucedía, quedaría a merced de aquellas bestias.

Al llegar a la explanada del torreón sintió un nudo de terror en la garganta y su mirada reflejó el espanto del que se sabe a punto de morir.

Al ver aparecer la furgoneta los ojos de una decena de infectados se volvieron hacia él.

No tenía más opciones, así que apretó el acelerador, y se lanzó en dirección a la pasarela.

Mientras rebotaba entre los baches, los iba derribando como si fueran simples bolos. Cuando llegó a un par de metros de la pared, bajó, se apoyó en el techo de la furgoneta y disparó contra uno que se encontraba a menos de diez

metros. Falló el primer disparo, pero el segundo le reventó la cabeza. Oyó un gruñido muy cerca y al girarse se encontró con un infectado que tras doblar la esquina del torreón se abalanzaba sobre él mientras lanzaba un alarido que a Marcos le pareció debía de ser de satisfacción.

Apretó nuevamente el gatillo y el pecho del infectado se convirtió en un gran agujero del que brotaba un manantial de sangre, carne y restos de órganos.

Accionó el mecanismo y la pasarela comenzó a descender, pero mientras lo hacía, otros dos infectados se abalanzaron sobre él adelantando sus garras. Marcos logró librarse del más cercano con un disparo de la repetidora, pero cuando apretó el gatillo para eliminar al segundo se dio cuenta de que el cargador estaba vacío.

No tenía tiempo para recargar, así que le clavó el cañón en la boca y empujó hasta que salió por la nuca. En cuanto el cuerpo cayó sobre el capó de la furgoneta, sujetó con la mano izquierda la recortada mientras que usaba la derecha para guiar su ascenso hasta la azotea. Con dos disparos acabó con otro que se había aproximado a una velocidad endiablada, saltado sobre el techo de la furgoneta y vuelto a saltar en un intento de atraparle mientras ascendía por la pasarela. Los dos disparos le alcanzaron a la vez y lo lanzaron con los brazos en alto estrellándose contra el suelo.

En la negrura del bosque se oían los gritos excitados de los que se acercaban. Eran muchos, demasiados.

Al llegar a la azotea, Marcos se dejó caer de espaldas contra el suelo y se pasó una mano temblorosa por la cara. Al caer, se había golpeado y la sangre bajaba por la mejilla, pero ahora no tenía tiempo para ocuparse de la herida, pensó mientras recargaba la recortada. La repetidora había quedado abajo, incrustada en el cráneo de uno de ellos y no quería arriesgarse a que desapareciera junto con el cadáver, así que tras apretar el botón que encendía las luces desde la azotea, se asomó por encima del muro y lo que vio, lo dejó en shock durante unos segundos. El resto de los infectados se habían lanzado sobre los cuerpos de sus compañeros y estaban devorándolos en una orgia de violencia, gritos, sangre y vísceras. Canibalismo. La comida comenzaba a escasearles y por lo tanto, los humanos debían de comenzar a escasear. Aquella no era una buena señal y aquél tampoco era un buen momento para rescatar el arma. Se volvió hacia la trampa, la levantó y después de cerrarla tras de sí, dejó el machete y la recortada sobre la mesa. Le faltaba el aliento. Se apoyó en la pared y fue resbalando lentamente hasta el suelo.

Afuera aún se oían los furiosos chillidos de los infectados.

El amanecer le sorprendió trabajando entusiasmado en una nueva idea que se le había ocurrido. Abriría un boquete en cada pared y estos le servirían como troneras. De esta forma ya no tendría que arriesgarse a salir a la azotea para disparar.

Estaba dispuesto a combatir hasta el final. Abatiría a todos y cada uno de los infectados que aparecieran por allí. Su torreón iba a ser lo último que vieran

aquellos malditos.

Cuando acabó, cogió la recortada y salió al exterior. El cielo estaba de un color gris plomizo y la lluvia comenzaba a caer. Otra vez los cuerpos habían desaparecido, pero se entusiasmó al encontrar la repetidora. Tras recargarla, subió a la furgoneta y arrancó con dirección al pueblo. Si iba a combatirlos, necesitaría más armas y mucha, mucha más munición.

Bajo una intensa lluvia, recorrió todas las casas del pueblo, miró en todos los almacenes y en todos los coches, en cualquier lugar en el que pudiera guardarse un arma. A la media tarde había encontrado un rifle, cinco escopetas, otra repetidora y más de mil cartuchos para las escopetas y los rifles. Cogió todo lo que consideró que le podría servir y tras guardarlo en la furgoneta, incendió uno por uno todos los edificios del pueblo.

Cuando regresó al torreón, lo descargó todo, comprobó y cargó todas las armas y junto con las cajas de munición, las dejó alineadas sobre la mesa.

Tras coger uno de los rifles, abrió el armario y sacó una botella de bourbon, pero tras mirarla durante unos segundos, la devolvió a su lugar y cogió un zumo de melocotón. Pensó que si iba a combatir, debía mantenerse sereno.

Después subió a la azotea y se deleitó admirando la gigantesca humareda que ascendía desde el pueblo.

Capítulo 7

Catorce semanas después del comienzo de la infección.

Durante los siguientes días no apareció por allí ningún infectado, así que se relajó, durmió mucho y bebió poco. Trataba de no pasarse con el alcohol y pensaba que quizás por eso tenía más apetito y que quizás, también por eso, habían desaparecido sus pesadillas.

Aprovechó la inesperada calma para acondicionar la casa, practicar su puntería y definir dos perímetros de seguridad alrededor.

El primero estaba situado a diez metros del torreón y constaba de varias trampas que consistían en agujeros de medio metro de profundidad, plagados de afiladas estacas de madera y cubiertos de hierba y hojas secas, y a lo largo del segundo perímetro, situado a veinte metros, había enterrado garrafas de gasolina espaciadas entre sí cada diez metros. De cada una de ellas, salía una mecha que corría por el interior de un tubo de plástico hasta cada una de las troneras.

Además, había perfeccionado su técnica de vuelo con el dron, y ahora ya podía volarlo con seguridad hasta unos seis kilómetros de distancia y elevarlo a varios cientos de metros, con lo que disponía de un campo de visión que le permitía vigilar una enorme extensión de terreno a su alrededor.

Tras subir a la azotea, hizo despegar el dron y se sentó en la tumbona. La batería del aparato tenía una autonomía de unos cincuenta minutos y casi siempre que el dron regresaba, ésta se encontraba por debajo del diez por ciento.

En la pantalla no se veía ningún movimiento, ni de humanos, ni de infectados, ni tan siquiera pudo descubrir un puñetero animal y eso le angustió sobremanera. Sabía que tanto silencio no era normal. Era una clara señal de que los infectados se aproximaban. Se levantó y aspiró profundamente. El viento venía del norte y traía consigo un olor confuso, entre dulzón y apestoso a partes iguales.

Tras regresar el dron, lo puso a cargar y bajó para comprobar su “artillería”. Ahora, siempre la tenía preparada a la espera de que aparecieran los infectados, pero llevaban mucho tiempo sin hacerlo y en cierta manera se sentía decepcionado por ello, pero intuía que eso iba a cambiar rápidamente.

Su intuición no le engaño y con la llegada de la oscuridad, en una de las cámaras de visión nocturna repentinamente apareció el primero. Marcos aumentó el zoom y lo observó. Llevaba puesto un chaquetón de caza y sus ropas estaban completamente bañadas en sangre y detrás de él, le pareció ver tres sombras que corrían a una velocidad endiablada hacia la derecha.

El silencio de la noche había sido roto por el sonido de los infectados corriendo entre la maleza y entonces, Marcos supo que había llegado el momento que tanto había esperado y temido.

Cuando apretó el interruptor y los focos iluminaron el terreno hasta el linde del bosque, un aullido estremecedor proferido por cientos de gargantas al unísono salió de él y entonces supo que el infierno se había desatado a su alrededor. Sacó el cañón del arma por una de las troneras, apuntó y cuando el ser llegó a veinte metros de distancia disparó, pero el retroceso se llevó el cañón del arma hacia arriba y la bala solamente le rozó el hombro derecho. Sintió que desde la oscuridad mil pares de ojos llenos de una ira irracional, le vigilaban aguardando una señal para lanzarse al ataque como fieras hambrientas. Y así sucedió. Bajo la luz de los cuatro focos, aquellas criaturas comenzaron a aparecer en un goteo incesante.

Disparó sobre el que había fallado y esta vez le acertó en el vientre haciendo que cayera al suelo, pero detrás suyo aparecieron otros tres más, y detrás diez más, y detrás veinte más, y así por los cuatro lados del torreón.

Vació el cargador del rifle sobre ellos, cogió el otro rifle y disparó sobre los que estaban a diez metros. Eran demasiados. Debía de haber centenares, pero ¿Cómo habían llegado? ¿Por dónde? y sobre todo ¿Por qué parecían atacar de forma organizada?. No tenía tiempo para pensar en ello. Cambió el rifle por una repetidora y apuntó a los que habían caído en las trampas de estacas. Estaban ensartados en ellas pero aun así, intentaban liberarse para llegar hasta

la cercana pared. Respiró con dificultad. El olor a pólvora llenaba la sala y el aire estaba enrarecido, espeso. Asomó el cañón y disparó un cartucho tras otro contra ellos, cambió de escopeta y fue dando vueltas de tronera en tronera, recargando y disparando sin cesar desde todas ellas. Estaba totalmente rodeado. El asalto que había comenzado como un goteo, se había convertido en una inmensa marea aullante de cientos de criaturas que se aproximaban desde todas las direcciones. Mil gargantas lanzaban un único grito que resonaba dentro del torreón. Aquellas criaturas salvajes y sedientas de sangre llenaban el exterior hasta el bosque.

Mientras recargaba el arma, sus manos temblaban de manera compulsiva provocando que el suelo se fuera llenando de cartuchos. Se apostó en una tronera y descargó diez disparos contra la marea de bestias. Volvió a recargar, asomó el cañón por otra vio sus caras desencajadas, escuchó los gemidos que lanzaban y orientándolo hacia el suelo disparó. Eran tantos que ya no necesitaba apuntar.

Cientos de garras golpeaban con furia las piedras de las paredes del torreón.

La situación se hacía más desesperada por momentos. La falsa puerta, había sido arrancada de cuajo y comenzaban a subir sobre los cuerpos de los caídos. Su carrera desenfrenada se había convertido en un lento ascenso.

Decenas de manos descarnadas se aferraban a las piedras como garras que se alzaban intentando alcanzar las troneras desde las que disparaba y ya, solamente se encontraban a un metro por debajo de ellas.

Docenas de cuerpos yacían en el suelo al pie de las paredes mientras que los que venían detrás, saltaban sobre ellos aullando presos de una furia incontenible, como una jauría rabiosa cuyo único objetivo fuera matarle, devorarlo, y Marcos estaba seguro que no iba a suceder precisamente en ese orden.

Disparó sin cesar durante minutos que a él le parecieron horas hasta que, por fin, supo que había llegado el momento de mandar al infierno a aquella horda inhumana. No podría abatir a tantos con las escopetas, así que encendió las mechas de todas las trampas y mientras esperaba a que estallaran, comenzó a recargar todas las armas.

Cuando las cargas de gasolina estallaron, todos los infectados que estaban en el anillo que formaba el segundo perímetro, se vieron repentinamente dentro de un infierno.

Las llamas prendieron en sus ropas y el círculo de fuego se extendió en todas direcciones. Algunos cayeron sobre las estacas y prendieron fuego a todos los

que pasaban a su alrededor. Otros corrieron hacia el bosque, los árboles comenzaron a arder y a su vez los infectados que aún permanecían entre ellos.

Las criaturas corrían erráticamente, sin una dirección concreta enloquecidas por la vorágine de sangre, fuego y ruido que se había desatado.

Durante casi un minuto, estuvo observando a través de la tronera, maravillado ante el excelente resultado producido por las defensas que había ideado. Centenares de aquellas bestias ardían en llamas, muchos yacían en el suelo, otros corrían desesperados en todas las direcciones chocando contra otros a los que prendían fuego.

Cuando salió de su ensimismamiento, cogió el rifle y apuntó a través de la mira telescópica a un infectado gigantesco que intentaba abrirse paso entre los que huían. El muy cabrón estaba intentando redirigirlos contra el torreón. Sin lugar a dudas, aquel cabrón era el líder del grupo, así que contuvo la respiración durante un par de segundos, apretó el gatillo y su cabeza estalló en una nube de sesos y esquirlas de hueso.

Más confiado, apagó las luces y con la escena iluminada por mil antorchas comenzó a abatir uno tras otro.

A la mañana siguiente, subió a la azotea y contempló satisfecho la matanza de la noche anterior.

Centenares de cuerpos, en su mayor parte calcinados, se esparcían entre los restos aún humeantes de lo que hasta entonces había sido un frondoso bosque.

Tras hacer despegar el dron, observó en la pantalla el alcance real causado por las defensas. Hasta donde abarcaba la vista solo había tierra calcinada, restos quemados de infectados y troncos ennegrecidos.

Al principio se sintió satisfecho, orgulloso por su heroica defensa, pero poco a poco comenzó a pensar que tal vez, utilizar las bombas de gasolina no había sido tan buena idea como había pensado al principio.

Ahora los infectados tendrían que recorrer el terreno que les separaba hasta el torreón al descubierto y eso le permitiría abatirlos a una gran distancia, pero ellos siempre atacaban bajo el amparo de la oscuridad y las cámaras de visión nocturna, no podrían detectarlos hasta que se encontraran a menos de cien

metros, con lo que perdía la mayor parte de la ventaja que le otorgaba el terreno despejado.

Además, había utilizado al menos una tercera parte de la munición y tampoco disponía de gasolina suficiente para reponer las bombas y las pocas que pudiera colocar, no surtirían el mismo efecto. Ya no quedaban ni árboles, ni maleza que extendieran las llamas y eso iba a ser un gran problema en el caso de que volvieran a atacar en masa. Eso le colocaba en una situación muy complicada por lo que sólo tenía dos opciones:

Una era abandonar el torreón, alejarse todo lo que pudiera y encontrar un lugar aislado que pudiera fortificar, y la otra opción, consistía en salir a buscar más municiones y gasolina para reponer las defensas, pero eso le iba a llevar al menos dos o tres días y no creía que dispusiera de ese tiempo.

Se había dado cuenta de que el humo atraía a los infectados, o mejor dicho, les atraía el olor a carne quemada.

La primera vez que le había atacado un gran grupo, ocurrió justo después de que hubiera incendiado la serrería y con ella, a todos los infectados que se guarecían en el sótano y además, aquel día también le había prendido fuego a los restos del conductor del Toyota y sobre el segundo y desproporcionado ataque, éste ocurrió poco días después de que incendiara el pueblo. En este caso era cierto que había transcurrido más tiempo entre el incendio y el ataque, pero viendo el enorme número de bestias que habían participado en él, era como... como si... como si cuanto mayor fuera el incendio y el número de cuerpos calcinados, mayor fuera el número de infectados que se reunían para atacar. Marcos dirigió entonces la mirada hacia la ingente cantidad de

restos de infectados y pensó que si su razonamiento era correcto, estaba irremediablemente perdido. El próximo ataque sería el último.

Capítulo 8

Quince semanas después del comienzo de la infección.

Apenas habían despuntado las primeras luces del alba y la furgoneta ya circulaba a la máxima velocidad a la que podía por la sinuosa carretera que conducía hasta lo alto del puerto de montaña. Marcos había decidido resistir en el torreón y para ello iba a necesitar mucho material. Recordaba haber visto una quesería a unos kilómetros de allí y sabía que en ella encontraría casi todo lo que iba a necesitar para llevar su plan a buen fin.

Al llegar, aparcó en la puerta, dio una vuelta a su alrededor, gritó un par de veces por si acaso quedaba alguien vivo y sin dar tiempo a que le respondieran reventó la cerradura de la puerta y entró.

De inmediato comprobó con satisfacción que su suposición era correcta. En el interior, casi todas las paredes de la zona de elaboración estaban forradas con chapas de acero inoxidable. Tras coger las herramientas que había traído consigo, arrancó todas las chapas que pudo y las sacó al exterior. Allí vio un remolque que enganchó a su furgoneta y lo cargó con las chapas de acero.

A continuación, desmontó parte de las chapas galvanizadas que cubrían un almacén anexo y las colocó en el remolque. Después, extrajo toda la gasolina

que pudo del depósito del generador y comenzó a saquear el resto del edificio. Encontró un par de baterías, una placa solar, una veintena de bidones con tapa hermética y varias cajas con tarros de miel y mermeladas. Tras cargarlo todo en la furgoneta se dirigió a un grupo de casas cercanas y en ellas encontró varias bombonas de butano, un bote de aluminio en polvo, algunas armas de caza, abundante munición para ellas, tres garrafas de gasoil y una enorme cantidad de sacos de fertilizante rico en nitrato de amonio. Después de cargar todos los que pudo, arrancó el motor y condujo de vuelta al torreón.

Cuando regresó eran las dos de la tarde y a pesar de que la temperatura era de unos cuatro grados, lo descargó todo y sin perder ni un segundo comenzó a llenar cada bidón con ANFO, un explosivo casero echo con una mezcla compuesta por un vaso de polvo de aluminio, veinticinco kilos de abono y litro y medio de gasoil. Después introdujo en su interior el mecanismo de disparo que consistía en un bote de cristal con una quinta parte de gasolina y roscado en la tapa, un portalámparas con una bombilla a la que previamente le había quitado el cristal teniendo cuidado de no romperla el filamento.

Después dispuso los bidones en círculo a una distancia de cien metros

alrededor del torreón y llevó desde cada uno de ellos un cable eléctrico hasta la batería situada en la mesa del torreón. Su siguiente trabajo consistió en cubrir el suelo de la azotea con las chapas de acero. La noche se le estaba echando encima y no le quedaba tiempo para mucho más. De echo, se dio cuenta de que no se había detenido ni para comer, no había probado bocado en todo el día y lo cierto es que ni se había dado cuenta, ni tenía tiempo para hacerlo. Pensó que ya comería algo cuando acabara.

Se apresuró en llenar un bidón con cincuenta litros de gasolina y aceite, lo subió a una mesa en el centro de la azotea, introdujo en su interior el extremo de una mecha y metió el otro extremo por una de las troneras. Para finalizar, metió las gallinas en jaulas, las bajó al interior y mientras recargaba todas las armas, engulló una lata de fabada asturiana al tiempo que en el exterior, nuevamente el torreón era envuelto por una oscuridad solamente rota por el tenue resplandor de la luna pugnando por salir entre los densos nubarrones que llegaban desde el norte.

Afortunadamente aquella noche transcurrió más fría de lo habitual, pero sin incidentes. Los infectados no acudieron a la que Marcos pensaba habría sido su última cita y eso le animó. Ahora tendría tiempo para finalizar totalmente

la construcción del nuevo perímetro defensivo.

Se asomó por una de las troneras y se sorprendió al ver que una fina capa de nieve cubría el suelo quemado. Subió corriendo hasta la azotea y con la mirada, recorrió la blanca extensión que se extendía hasta el horizonte.

Aquella nevada le había resultado providencial, pensó mientras sonreía satisfecho al tiempo que elevaba la vista hacia las densas nubes que cubrían totalmente el cielo y desde el que continuaban cayendo copos.

Tras celebrar la llegada del invierno con un abundante desayuno a base de café, huevos fritos, chorizo y tortitas de arroz cubiertas de miel y mermelada, comenzó a pensar en cómo se las iba a arreglar para traer la retroexcavadora que había visto el día anterior en la granja.

Si intentaba subir con la furgoneta, lo más probable era que aunque la nieve a duras penas tenía diez centímetros de espesor, los neumáticos de la “furgo” le jugaran una mala pasada en alguna curva. Estaban demasiado hechos polvo para afrontar una subida tan resbaladiza y dudaba que pudiera alcanzar la granja. Por otro lado, si subía caminando, tardaría unas tres horas en llegar y quizás, la “retro” se negase a arrancar. En ese caso debería buscar un

vehículo con el que regresar o en su defecto, un lugar seguro en el que pasar la noche y ese era un riesgo que no le apetecía correr.

En ese instante se acordó del Range-Rover. Los infectados se habían cebado con la chapa y con los cristales, pero era posible que los golpes no hubieran afectado a su funcionamiento.

Bajó hasta donde lo había aparcado y tras meter la llave en el contacto, la giró y el motor arrancó al tercer intento. Sabía que conducir sin cristales con el frío que hacía no iba a resultar agradable, pero al menos estaba seguro de que podría llegar a la granja en media hora. Tras abrigarse convenientemente, cargó dos armas y la caja de herramientas en la parte de atrás del coche y se dirigió a la granja.

Hacía un par de días que, gracias a la ayuda de la retroexcavadora, había terminado la construcción de las defensas del torreón. A su alrededor había excavado un foso defensivo de un metro y medio de profundidad por tres de ancho. Había dejado un espacio de terreno de un par de metros alrededor del torreón que había reforzado con varillas cortadas a bisel, lo que las convertía en una formidable defensa final. Dentro del foso había enterrado una docena de garrafas rellenas con una mezcla de jabón de glicerina que había diluido

en gasolina a partes iguales, es decir... las había relleno con Napalm casero. Si los infectados llegaban hasta el foso, haría estallar las garrafas y el Napalm haría el resto. Además era una muy buena elección de cara al invierno, ya que una vez que el Napalm entraba en ignición, era casi imposible apagarlo con agua.

El segundo anillo defensivo lo había situado a veinte metros del foso y consistía en una alternancia de garrafas de diez litros de Napalm y diez kilos de ANFO.

El tercer anillo defensivo estaba a cincuenta metros del segundo y constaba de la misma alternancia de garrafas de Napalm y ANFO, pero en esta ocasión sus cargas estaban multiplicadas por tres.

El cuarto y último anillo defensivo, a treinta metros del anterior, estaba formado únicamente por garrafas con cinco litros de gasolina y espaciadas diez metros entre sí.

Además, en el espacio entre los anillos había colocado líneas de alambre de espino y trípodes hechos con estacas afiladas por ambos lados

Por último a diez metros del cuarto anillo había construido una rudimentaria

muralla amontonando con la “retro” tierra y troncos quemados hasta alcanzar el metro y medio de altura, y sobre ella, construyó una empalizada con trípodes, alambre de espino y cada diez metros un poste con un foco y en lo más alto, una lata con una mezcla de gasolina y aceite.

Respecto al torreón, había cortado y acumulado una gran cantidad de leña que le serviría para mantenerse caliente durante todo el invierno, había colocado en las troneras unas gruesas chapas metálicas a modo de ventanas que se abrían deslizándose entre dos raíles, y de la quesería se había traído una mesa sobre la que había dejado instalado un dispositivo creado por él mismo y que consistía en cientos de bornes metálicos dispuestos en cuatro círculos que representaban los anillos defensivos. En el centro sobresalía una varilla que al tocar cada borne hacía pasar la corriente de la batería hasta los detonadores situados en cada una de las cargas.

Alrededor del muro de la azotea había colocado una hilera de puntiagudas varillas metálicas, acabado de soldar las juntas del acero inoxidable del suelo y sustituido el tejado de madera por chapas onduladas galvanizadas. En el caso de que los infectados lograran alcanzar la azotea, el combustible del

bidón situado en el centro estallaría convirtiéndola en un horno crematorio.

El torreón, ahora era una fortaleza inexpugnable.

Capítulo 9

Diecisiete semanas después del comienzo de la infección.

Aquella noche, se había desatado una fuerte tormenta de nieve. El viento chocaba contra las paredes del torreón y en el exterior la nieve se acumulaba contra las paredes y cubría los anillos defensivos.

Marcos estaba recostado en el sofá y con una copa en la mano derecha, observaba las imágenes que le enviaban las cámaras nocturnas.

Era un paisaje extrañamente bello y desolado al mismo tiempo. Los restos calcinados del bosque, reposaban estáticos y misteriosos bajo un profundo y blanco manto de nieve y sombras que bailaban azuzadas por la ventisca y el sonido de la naturaleza indomable.

Vigiló las cámaras hasta que a las tres de la mañana, advirtió que la tormenta había cesado. Entonces se acomodó y por fin, se durmió.

A la mañana siguiente no dio su habitual paseo. La nieve era demasiado profunda y hacía demasiado frío por lo que optó por hacer despegar el dron y echar un vistazo a los alrededores. Realmente este era ahora su principal

entretenimiento; se divertía y al mismo tiempo vigilaba y buscaba señales de pasos sobre la nieve.

En los días en que el tiempo se lo permitía y no había reparaciones urgentes en el torreón, Marcos buscaba desesperadamente cualquier signo de vida. Cualquier señal de que hubiera otros seres humanos cerca, preferiblemente seres humanos no infectados. Buscaba cualquier señal que le devolviera la esperanza de reunirse con otros semejantes. El dron sobrevolaba los restos del bosque, los restos del pueblo, los restos de la serrería.

Afortunadamente para él, la blanca nieve ocultaba la verdad, y la verdad es que había convertido una zona con una vegetación exuberante, en una tierra árida y desolada.

Pero tras un rato de vuelo, estaba claro que aquella mañana era una mañana como otra cualquiera, así que se sirvió un par de dedos de coñac y encendió un cigarrillo mientras continuaba viendo las imágenes que le enviaba el dron.

Desde el último ataque, no había vuelto a ver ni a un solo infectado y la reposada vida de ermitaño que llevaba, le había hecho ganar unos cuantos kilos, y desde que había caído la primera nevada había dejado de afeitarse y

de cortarse el pelo. Únicamente se recortaba un poco los pelos que sobresalían demasiado de la barba y se cepillaba el pelo que ya le llegaba casi hasta los hombros. Sin los asaltos de los infectados, sus ojos verdes habían recobrado la serenidad y ahora parecían más serenos y él, un poco menos chiflado.

Bebió un sorbo de la copa mientras veía los restos de una huerta al pie de una pared rocosa. La carretera se encontraba a apenas cien metros y Marcos comenzó a sobrevolarla con el dron. Sobre ella y a ambos lados sólo había nieve que cubría por igual las casas solitarias, los árboles y los coches.

Durante un par de minutos estuvo observando un todoterreno que se encontraba aparcado en el aparcamiento de un chalet situado dentro de una finca protegida por una enorme verja y oculta de la carretera por una larga hilera de frondosos cipreses. No recordaba haberla visto cuando había pasado por allí, pero comenzó a plantearse el ir a echar un vistazo cuando pudiera, o en cuanto el tiempo se lo permitiera.

Hizo descender el dron y se sorprendió al ver que el todoterreno era en realidad un Nissan Patrol de la guardia civil. La idea de que en su interior,

aún pudieran estar las armas largas y la posibilidad de que funcionara la emisora, le hicieron levantarse de un salto. Tenía que llegar hasta allí cuanto antes. Rodeó la casa con el dron intentando descubrir signos de vida, a ser posible de no infectados, ya fuera en forma de huellas en el exterior o a través de alguna de las ventanas.

Al acercarse el dron hasta una ventana de la primera planta, aumentó el zoom para echar un vistazo al interior y admiró un gran salón, profusamente decorado con antiguos muebles de castaño que habían sido delicadamente tallados. También vio varias grandes alfombras, un par de sillones de piel, tres sofás y... y de pronto parpadeó al advertir que “algo” se movía en la sala. Los músculos se pusieron rígidos. Forzó la vista al tiempo que intentaba mejorar la imagen y tras aumentar a tope el zoom, éste le mostró la imagen de una mujer.

Marcos abrió la boca y el cigarrillo se le cayó al suelo. Volvió a parpadear, cerró con fuerza los ojos, los volvió a abrir. No había duda, la visión era real. Allí, sentada en un sillón, había una bellísima mujer de unos treinta años, de larga melena oscura y con el cuerpo cubierto con una gruesa bata rosa. Estaba tranquila, leyendo, no parecía estar preocupada en absoluto, sino todo lo contrario. Toda en ella irradiaba serenidad, seguridad, confianza y de inmediato, por un momento su visión le transmitió una placentera sensación

de paz y sosiego, pero un instante después, Marcos notó que su corazón, que unos segundos antes parecía habersele detenido, ahora latía con rapidez y parecía querer salirse del pecho, casi con tanta rapidez como la que él tenía por reunirse con ella.

Por un momento, estuvo a punto de golpear el cristal de la ventana con el dron para llamar su atención, para indicarla que no estaba sola, que alguien en el mundo sabía que ella estaba allí y que él, iría a buscarla, pero cuando se encontraba a punto de hacerlo se detuvo. No, mejor que no lo hiciese. No quería asustarla y mucho menos que pensase que un degenerado la estaba espionando con a saber qué oscuras y perversas intenciones.

De inmediato, hizo regresar el dron, le cambió la batería, se vistió, cogió una escopeta repetidora, un rifle, munición suficiente para ambos y tras calzarse las raquetas de nieve comenzó su camino hasta el chalet.

Tras más de tres horas de agotadora y dificultosa caminata a través de la nieve, llegó a lo alto de una curva desde la que se podían ver la arboleda tras la que se escondía su destino. “Vaya, no me extraña que no haya visto antes

la casa”, pensó mientras cogía un poco de aliento antes de retomar el camino. Nuevamente comenzaba a nevar y no quería pensar en lo que sucedería en el caso de que tuviera que regresar al torreón bajo una fuerte nevada. Había salido tan precipitadamente, que no se había detenido a pensar que la nieve le retrasaría enormemente, aumentando el tiempo que emplearía en llegar a la casa y regresar al torreón. Echó un vistazo al reloj, y preocupado, comprobó que ya era más de la una de la tarde. Apenas disponía de cuatro horas para regresar antes de que se hiciese de noche por lo que tendría que apresurarse, pero en gran medida, todo lo que sucediese a partir de ese instante dependería de aquella mujer.

Recorrió lentamente los aproximadamente quinientos metros que le separaban de la edificación. En cuanto alcanzó la arboleda, se introdujo entre los árboles hasta toparse con el alto muro de bloque de hormigón que rodeaba el chalet.

El muro se encontraba coronado por una verja de fundición, lo que aún dificultaba más su escalada y él, en aquél momento estaba exhausto y no sentía el menor deseo de hacer tal cosa. Además, si la mujer repentinamente

veía aparecer a alguien en lo alto del muro lo más fácil y lógico era que le pegara un tiro. Obviamente, al ser guardia civil estaría armada y probablemente bastante mejor que él, así que decidió que no se arriesgaría y se aproximó a la pesada verja de la entrada. Al otro lado sólo estaba el todoterreno semienterrado en la nieve, así que estaba claro que hacía bastante que nadie lo había usado y eso le desanimó. Era posible que el coche estuviese averiado, aunque también cabía la posibilidad de que si la mujer se encontraba segura en el chalet tampoco sintiera la necesidad de desplazarse a ningún otro lugar. De todas formas tenía que probar suerte, así que comprobó que la verja estaba cerrada y a pesar de que suponía que no funcionaría, pulsó el timbre con desgana, pero al hacerlo, sorprendentemente una pequeña luz se iluminó en el panel de acero inoxidable. La sorpresa hizo que dudara durante unos instantes, pero unos segundos después insistió en su llamada y se situó frente a la verja esperando ver aparecer la figura de la mujer.

“Quizás esté asustada, o simplemente sorprendida de oír el sonido del timbre. Si eso me sucediese a mí no sé lo que haría, pero desde luego sí sé lo que no haría y sería lanzarme corriendo a abrir la puerta”.

Nadie contestó y desde la casa tampoco llegaba ningún sonido. Tras repetir la misma operación tres veces, se le pasó por la mente regresar pero se resistía a

quedarse sólo otra vez, los últimos meses habían sido muy duros, demasiado duros y realmente no se veía capaz de volver a hablar solo o de mantener otra conversación con un infectado a la luz del día antes de arrancarle la cabeza, así que volvió a insistir en su llamada y entonces, los cerrojos de la cerradura interior resonaron, la puerta se abrió lentamente y del interior surgió la figura de la mujer. Aún vestía la misma bata rosa con la que la había visto unas horas antes con la única diferencia de que entonces la había visto leyendo un libro y ahora, su mano derecha empuñaba una pistola automática.

— ¿Quién eres?—

La mujer le estaba hablando.

—Hola...estoó... ¿Eres... estás infectada?—

— ¿Y tú, estás gilipollas? ¿Acaso tengo yo pinta de infectada?—

— ¿Cómo?—, Marcos no entendía nada.

— ¿Qué coño te pasa? ¿Es que quieres que nos localicen esos putos zombis?

—

—No, claro que no. De todas formas puedes estar tranquila. Los infectados no salen por el día y además, por aquí ya no deben de quedar muchos. Me los he cargado a casi todos—

—Ah... tú solito... ya, pues muy bien ¿Y puedo saber cómo coño lo has hecho?—

—Sí claro que te lo diré, pero si no te importa, he tenido que caminar por la nieve durante tres horas para llegar aquí y...—

—Vaya, muy interesante ¿Y por qué coño venías precisamente aquí si puede saberse?—

—Bufff... vamos a ver. Mira, tengo un dron de largo alcance y mientras vigilaba la zona vi tu coche, acerqué la imagen y entonces... te vi a ti—

— ¿Que me viste? ¿Eres un puñetero “voyeur”—, la chica parecía no estar muy segura de si debía de dejar entrar a aquel extraño.

—No mujer, no. ¡Joder, creí que podrías necesitar ayuda, sólo eso coño! ¡No te estaba espiando ni nada de eso y mira, juro por mi madre, en paz descanse, que soy un buen tipo y que no quiero hacerte ningún daño, así que si quieres dejarme pasar pues cojonudo y si no quieres, dímelo que tengo un largo camino de vuelta al torreón y...—

—Espera... ¿torreón? ¿Tú eres el que llamó a emergencias denunciando un ataque zombi en una casa cerca de aquí?—

— ¡Coño!... pues sí, ese soy yo—

La mujer resopló y accionando la apertura de la verja dijo:

—Hala pasa. Yo soy Ana, soy guardia civil y tú, tienes que contarme muchas cosas y la primera de ellas, será explicarme qué carajo le ha pasado al pueblo para que esté reducido a cenizas—

Marcos entró en la casa y tras quitarse el chaquetón y las raquetas, dejó las armas apoyadas en la pared y se dejó caer sobre uno de los sofás. Entonces se

dio cuenta de que la mujer aún tenía la pistola en la mano.

—Bien Marcos ¿Quieres explicarme ahora por qué coño ya no hay pueblo?—

—Realmente... la culpa de que Casas Negras, ahora tenga de verdad las casas negras, es mía. Yo le prendí fuego—

—Muy ocurrente. Anda explícate—

—Una noche vi a varios autocares dirigirse al pueblo. Yo sabía que no era una buena idea. Los cabrones del pueblo eran unas malas bestias y casi nadie de los que se detenía allí volvía a marcharse. Supongo que con los viajeros debió de pasar algo similar porque escuché muchos disparos y gritos.

Me imagino que algunos lograron esconderse en el bosque y bien sea porque ya estuvieran infectados, o porque se infectaran por algún encuentro con los infectados del bosque, esa misma noche el pueblo debió de ser atacado por un gran número de ellos. En cuanto bajé al pueblo pude comprobar que ya no quedaba nadie vivo, así que “arramplé” con todo lo que pude y le pegué fuego a todo para cargarme a los que estuvieran escondidos en los sótanos—

—Vaya. No está nada mal para un civil—, la chica parecía estar impresionada
—Recibimos el aviso de tu llamada. Nos dijeron que habías dicho que un zombi había asesinado a una pareja de ancianos, pero siento decirte que no podíamos desplazarnos hasta aquí por tan poca cosa y...—

—Eso de poca cosa, díselo a la “viejina”. La encontré en la cuadra medio devorada por un conductor infectado y por su propio marido—

—Sí, lo sé. Es lamentable que haya sucedido, pero entiende que todo lo que tú hayas visto por aquí, también está sucediendo en las ciudades, pero multiplicado por mil. Las fuerzas de seguridad, estamos totalmente desbordadas. He tomado parte en la defensa de algunos barrios en los que al anochecer los zombis se agrupaban y cientos de ellos nos atacaban por distintos puntos a la vez—

—Sí, esos cabrones tienen una jerarquía. Siempre hay uno en la retaguardia que es el que manda. Hay que procurar cargárselo al comenzar el ataque. En cuanto lo haces, dejan de dar vueltas y se lanzan de cabeza a por ti y eso, si estás bien preparado, suele ser bueno porque son más fáciles de matar—

—No tenía ni idea de que hubiera líderes entre ellos. ¡Joder tengo que avisar de eso a la central!, bueno, eso si estás totalmente seguro—

—Lo estoy. El último ataque que recibí estaba formado por cientos de infectados y pude distinguir perfectamente a su líder. Les estaba jodiendo a base de bien con explosivos y bombas incendiarias, pero eran demasiados y la cosa se me estaba complicando. Entonces, con la mira telescópica distinguí al cabronazo que les dirigía. Estaba intentando reorganizarlos, pero en cuanto le volé la cabeza, se desorganizaron y mientras que unos seguían atacándome, otros que estaban ardiendo, se metieron en el bosque y al correr entre la maleza le prendieron fuego haciendo que los que aún estaban agazapados entre los árboles se quemaran. Me facilitaron mucho las cosas y menos mal que lo hicieron porque ya estaba en las últimas tanto de fuerzas, como de munición—

—¿Cómo coño has podido sobrevivir tú sólo a un ataque de cientos de esos bichos?—, preguntó incrédula.

—Tuve suerte. Acababa de montar un montón de trampas incendiarias alrededor. Ahora estoy mejor preparado. He puesto varios anillos defensivos alrededor del torreón. Están compuestos por fosos, alambradas, trampas, y

algunos cientos de bombas explosivas y también incendiarias. Aparte de eso, estoy bien servido de munición y armas de caza y por supuesto, la mejor defensa es que los que llegan a las paredes del torreón se encuentran con que no hay acceso ya que la única forma de entrar, es por una pasarela escamoteable que he situado en la azotea, ya que la primera planta está cegada y rellena con tierra, y la segunda planta no tiene ventanas, tan sólo unas troneras que he hecho para poder dispararles más eficazmente—

—Impresionante tío. De verdad... me quitó el sombrero—

—Sí, bueno gracias, pero con tanta nieve, no sé qué tal funcionarán las defensas en el caso de que vuelvan a atacar—

—¿Has visto a muchos zombis por aquí últimamente?—

—No la verdad es que no y eso que esperaba que me volvieran a atacar en uno o dos días, pero en cuanto comenzó a nevar desaparecieron. Supongo que no les debe de gustar demasiado el frío—

—Se congelan. Les pasa igual que a nosotros. Si están a temperaturas bajo cero, mueren congelados y menos mal que es así. Quizás el invierno nos eche una mano para acabar con esa plaga—

—Vale, me imaginaba algo así, pero es bueno estar seguro. Y ahora cuéntame ¿Cómo llegaste aquí? ¿Fue por mí?—

—Más que por ti, realmente fue por tu culpa, vamos, por el humo del pueblo que quemaste. Ya te he dicho que no podíamos desplazarnos a una zona tan remota por un único caso de un ataque aislado, pero la humareda del incendio que causaste nos obligó a venir. Nos ordenaron que viniéramos a echar un vistazo y que actuáramos en consecuencia—

—¿Nos? ¿Es que no estás sola?—

—En principio éramos tres, dos guardias y un sargento. No había demasiada gente disponible, así que sólo nos enviaron a nosotros. Nos dieron víveres, armamento y munición suficiente como para una guerra y eso nos hizo sospechar que no esperaban que regresáramos, o al menos que no lo haríamos muy rápidamente, así que nada más salir del cuartel, el sargento nos pidió que le acercáramos a su casa. Quería despedirse de su mujer y de su hija. Le dejamos en el portal y esperamos durante media hora, pero al ver que no regresaba nos preocupamos y subimos a echar un vistazo.

Cuando llegamos al piso, vimos que la puerta principal estaba abierta, así que entramos y lo encontramos en la habitación de su hija. Estaba arrodillado a los pies de la cama, llorando. Sobre ella, estaban los cuerpos de su esposa y el de su hija de doce años. Ambas tenían una herida de bala en la cabeza. Le preguntamos qué había sucedido, pero él ni tan siquiera se levantó. Yo me acerqué a su lado y entonces descubrí que aún tenía la pistola en la mano. Todo sucedió en un segundo. Se giró hacia mí, dirigió el arma a su sien y disparó. No sé, supongo que cuando fue a despedirse, se encontró a su mujer y a la hija infectadas. Sabía que no había cura y decidió que ellas no merecían convertirse en bestias sanguinarias al anochecer, así que se apiadó de ellas y después se suicidó. Saber que tu esposa e hija se van a convertir en las mismas malas bestias sedientas de sangre a las que has combatido durante meses y que lo único que puedes hacer por ellas es matarlas, debe de ser lo más duro que nadie puede hacer. En su mirada vi el inmenso dolor que sentía y... sinceramente, no puedo culparle por lo que hizo—

—Joder, pobre hombre. No me extraña que se pegara un tiro ¿Y tú otro compañero?—

—Lo llevé a su casa, pero esta vez entré con él. Su esposa estaba bien y no tenían hijos, pero sus ancianos padres vivían con ellos y tal y como estaba la situación, me dijo que abandonaba la misión, que se quedaría a cuidar de ellos. No quería que les sucediera lo mismo que a la familia del sargento. Yo lo entendí, así que le dejé parte de las raciones que nos habían entregado en el cuartel y decidí venir yo solita a echar un vistazo, y ya de paso, si podía intentaría encontrarte.

En cuanto llegué al pueblo y comprobé que se había quemado por completo y que no había supervivientes, avisé a la central. Me ordenaron que regresara de inmediato, pero desgraciadamente había perdido demasiado tiempo y se me estaba echando la noche encima, así que les dije que lo haría al amanecer, pero que necesitaba que me informaran de algún lugar seguro por la zona donde pudiera pasar la noche y ellos me indicaron que me dirigiera a esta casa. Pertenece a un coronel retirado y de vez en cuando solía pasarse una patrulla por aquí para echar un vistazo. Me aseguraron que estaría vacía y que era un lugar seguro, así que me dieron la contraseña de la alarma, me indicaron el escondite de una copia de la llave y me vine aquí. Nada más llegar, me encantó la casa. Es totalmente segura, tiene un gran muro alrededor, cámaras de seguridad, un generador diésel, provisiones para un regimiento... y menos mal, porque a la mañana siguiente me di cuenta de que debido a la intensa nevada, no podría largarme tan rápidamente como yo

esperaba—

—La verdad es que es un sitio estupendo, mucho más amplio y confortable que mi torreón, pero desde luego que no me parece tan seguro como él. Si los infectados consiguen saltar el muro o atravesar la verja, creo que será imposible de defender. Es tan grande que sólo puedes defender un único frente y esos cabrones suelen atacar desde todos los lados—

—Ya, pero no creo que puedan saltar un muro de tres metros—

—Te aseguro que sí que pueden hacerlo. Yo los he visto atacarme y al llegar a la pared se iban amontonando contra ella y los que venían detrás, se subían sobre los primeros y así, oleada tras oleada, hasta que alcanzaron una altura de casi cuatro metros—

— ¡Dios! ¡Joder no contaba con eso! Pero supongo que ellos sabían que tú estabas allí y por eso se emplearon a fondo. Sin embargo no saben que estoy aquí y el muro les impide verme—

—No necesitan verte. Basta con que te huelan—

— ¿Qué?— preguntó confundida.

—Les atrae el olor a comida, especialmente el de la carne. Si cocinas algo, ellos lo olerán y vendrán, y cuanto más huelan, más vendrán. Te lo aseguro. Cuando me cargué a los primeros cincuenta, sus cuerpos calcinados apestaban a varios kilómetros a la redonda, y casualmente, no tardé en recibir la visita de cientos de ellos. Tras el combate, esperaba que a la siguiente noche me volvieran a atacar de forma masiva, pero gracias a dios, comenzó a nevar. Creo que eso me salvó y de paso, me dio tiempo para reforzar las defensas—

—Tengo ganas de ver ese torreón tuyo. Por lo que dices debe de ser toda una

fortaleza—

—Te aseguro que lo es, pero por suerte o por desgracia está demasiado aislado—

—Creo que eso es más una suerte que una desgracia. Cuanto más solitario y aislado esté, menos zombis habrá por los alrededores—

—Sí, pero también hay menos opciones de recibir ayuda del exterior—

—¿Ayuda dices? ¿Es que no me has escuchado? No te das cuenta de que yo, soy la única ayuda que ibas a recibir y eso gracias a que le prendiste fuego al pueblo, porque de no haberlo hecho, te aseguro que no habríamos... bueno, que yo no habría venido. Y además, ahora que he informado de que no hay supervivientes en el pueblo, toda esta zona se dará por perdida y quedará cerrada, aislada, olvidada—

—¡Pero ellos saben que tú estás aquí! ¡Mandarán a alguien a buscarte!—

—No. Te aseguro que no lo harán—

—¿Por qué estás tan segura de eso?—

—Porque me lo han dicho. Necesitan todos los medios posibles en las grandes poblaciones donde se están concentrando los supervivientes y no enviarán ayuda hasta que las aseguren.

Después comenzarán a limpiar las localidades en función de sus recursos y población y eso nos deja en último lugar. Somos los últimos de la cola y tendremos que arreglárnoslas nosotros solos, así que tendremos que decidir que hacemos y para empezar debemos decidir si nos quedamos aquí o nos

largamos a tu fortaleza. Tú conoces la zona mejor que yo, así que ¿qué opinas?—

Para Marcos aquellas palabras fueron demoledoras. Ya no tenía ni fuerzas ni ganas de contestar. Permaneció en silencio, observándola durante unos segundos que a ella se le hicieron interminables.

—¿Dijiste que te llamabas Ana verdad? Pues bien Ana, yo opino que estamos jodidos, muy, pero que muy jodidos. Estoy hasta los huevos de matar a pobres infectados por el día y reventar a putos zombis por la noche. Yo no soy un puñetero mercenario, o al menos antes no lo era. Yo era un tipo normal y si esto sigue así, creo que acabaré pegándome un tiro como hizo tu compañero el sargento —

—No, escúchame Marcos. Has estado sometido a tanta tensión que lo raro es que no hayas perdido el juicio y que te hayas pegado ese tiro hace tiempo, pero si no lo has hecho ya, no creo que ahora lo vayas a hacer, porque ahora ya te has adaptado. Has tenido que sobrevivir en solitario en una zona aislada del resto del mundo, un mundo devastado por bestias sanguinarias, te has tenido que enfrentar a ellas, has tenido que buscarte la vida para sobrevivir y lo has hecho bien porque sigues vivo. Ahora ya no estás solo. Ahora somos dos y de ahora en adelante nos haremos compañía, cuidaremos el uno del otro y saldremos adelante—

Ella se recostó en el sofá, echó la cabeza atrás y mientras bebían de una botella de coñac, comenzó a relatar todo lo que había visto y vivido hasta ese momento, y lo hacía como si lo estuviese viviendo en esos instantes.

Ella sabía que no podíamos continuar allí, porque nadie nos iba a ayudar y en el fondo de mi ser, yo también lo sabía.

Me acerqué a ella y me senté a su lado. Le recogí el arma de la mano y la abracé intentando consolar lo inconsolable mientras la decía:

—Vale. Lo haremos juntos. Tenemos que largarnos de aquí lo antes posible, pero hoy ya es muy tarde. La noche se nos echaría encima y aunque hace mucho que no he visto a ninguno, será mejor que no nos arriesguemos y que lo hagamos mañana. Al amanecer, prepararemos todo lo que nos vamos a llevar y partiremos hacia el torreón—

Tal y como había previsto, al amanecer se pusieron en camino. Entre los dos, arrastraban un trineo que habían improvisado con un baúl en el que habían cargado todas las provisiones que había en la casa, un botiquín muy bien provisto, la emisora del todoterreno, ropa de abrigo, un sin número de artilugios que les podrían ser de utilidad y enorme el arsenal que Ana llevaba consigo y que estaba compuesto por dos fusiles G-36C con veinte cargadores de treinta balas, una ametralladora Ameli con tres cargadores de doscientas balas, dos escopetas de combate spas-12 con doscientos cartuchos y dos pistolas Beretta 92 con veinte cargadores de quince balas. Sin lugar a dudas, Ana y su poderoso arsenal cambiarían enormemente la situación cuando los infectados volvieran a atacarles y es que si de algo estaba seguro Marcos, es

que antes o después, volverían a hacerlo.

Cuatro horas más tarde, alcanzaron el torreón y tal y como esperaba Marcos, Ana quedó impresionada por el excelente trabajo que Marcos había hecho levantando las defensas.

A pesar del reducido espacio del que disponían, Ana se adaptó a la perfección, especialmente porque ella se quedó con la cama mientras que a Marcos le tocó dormir en el sofá, algo que en el fondo no le molestaba en absoluto ya que casi siempre se quedaba dormido en él.

Aquella noche cenaron, rieron y disfrutaron de un par de viejas películas, mientras brindaban por ellos mismos y por los que ya no estaban.

A la mañana siguiente, mientras que Ana se daba una ducha, Marcos preparó café y sacó un paquete de pastas que habían traído desde el chalet. Cuando ella salió del baño envuelta en su bata rosa, a Marcos le pareció la mujer más bella del mundo. Se sentaron a desayunar y rieron felices. Ambos estaban exultantes. Con los víveres que habían reunido podrían aguantar sin

problemas durante todo el invierno y el arsenal del que ahora disponían dentro de aquella fortaleza les aseguraba que serían capaces de responder satisfactoriamente a cualquier ataque que recibieran. Además estaban convencidos de que el invierno acabaría sino con todos, sí con la mayor parte de los infectados.

Sólo tenían que esperar, que aguardar a la primavera, y además, Marcos estaba seguro de que aquella mañana, la actitud de Ana hacia él había cambiado radicalmente. Tenía un brillo de esperanza y de felicidad en su mirada. .

Mientras desayunaban en la mesa frente a la cocina, los dos charlaron animadamente sobre temas que nada tenían que ver con el apocalipsis que recorría el planeta. Sentían que tras más de cuatro meses de penurias y pérdidas, por fin estaban a salvo. Habían sobrevivido. Eran felices por primera vez en mucho tiempo y entonces, Marcos estuvo totalmente seguro que sí, de que algo había cambiado en la mirada y en el espíritu de Ana. Ya no le miraba igual y supo que la situación estaba a punto de dar un giro inesperado, pero no quería ser él el que forzara la situación, no quería arriesgarse a estropear todo aquello, y entonces, repentinamente, como si ella le hubiera leído el pensamiento, Ana por fin se atrevió a expresar muy claramente lo que ambos pensaban.

—Marcos mira, creo que debemos de dejar algo claro. Tú eres un hombre y yo una mujer, ambos somos jóvenes, tú me caes bien, no sé, creo que hay química entre nosotros y lo cierto es que no estás mal y por supuesto sé que yo tampoco lo estoy y evidentemente tenemos, digamos... ciertas necesidades. Además, sabrás que está demostrado científicamente que el sexo es un excelente desestresante y nosotros nos encontramos en una situación extrema, así que si estás de acuerdo, creo que deberíamos de plantearnos la posibilidad de mantener relaciones sexuales, aunque claro está, depende de ti y de si tienes alguna relación con otra chica. ¡Por dios que no quiero inmiscuirme en medio de...!—

Marcos, no la dejó terminar la frase. Antes de que lo hiciera, ya se había levantado, se acercó a ella y tras quitarla el tazón de la mano, ella también se levantó y ambos se fundieron en un largo beso.

En medio del infierno que aguardaba a que el frío y la nieve se retiraran, ahora al menos ambos los dos se harían compañía y durante los fríos meses del invierno que estaba comenzando, tendrían calor humano. Las personas no están hechas para estar solas.

FIN

NOTA A LOS LECTORES

En primer lugar, querría agradeceros que hayáis elegido este libro de entre todas las infinitas opciones que el género tiene disponible. Espero sinceramente que os haya gustado y sobre todo entretenido, que es la misión final de cualquier novela de este tipo. En segundo lugar querría haceros una petición, más bien un ruego y es que. no sabéis lo importantes que son para los autores vuestras valoraciones y comentarios en Amazon y precisamente por eso os pido que dediquéis unos minutos a hacerlo. Todas las opiniones,

sean favorables o desfavorables nos ayudan a mejorar.

Y en tercer y último lugar, querría informaros de que ya está en preparación el segundo libro de esta saga y que se titulará “La Atalaya”. En él, nuestros dos amigos tendrán que abandonar la seguridad del Torreón para ayudar a un numeroso grupo de personas que llegan al cercano puerto de montaña huyendo de los infectados.

Un cordial saludo estimados lectores.

V.M.Granda